

BÜSCHGES, Christian. *Familie, Ehre und Macht. Konzept und soziale Wirklichkeit des Adels in der Stadt Quito (Ecuador) während der späten Kolonialzeit, 1765-1822*. Stuttgart: Franz Steiner, 1996. 318 p. (Beiträge zur Kolonial- und Überseegeschichte, 66). ISBN 3-515-06908-9.

Esta monografía trata, con sólido apoyo de fuentes, el grupo social de la «nobleza» en la sierra central y norte del Ecuador durante los últimos decenios de la época colonial, y se pregunta si en la audiencia de Quito ocurrió por entonces un proceso de transformación de la estructura estamental a la moderna sociedad de clases. Christian Büschges, actualmente profesor asistente en el Instituto de Historia Ibérica y Latinoamericana de la Universidad de Colonia, recibió con esta obra su título de doctor en 1995. La investigación fue desarrollada sobre todo en repositorios documentales de España (Archivo Histórico Nacional y Archivo General de Indias), así como en el Archivo Nacional del Ecuador y en los archivos municipales, eclesiásticos y universitarios de la ciudad de Quito.

Büschges toma como fundamento las contribuciones de teóricos alemanes de la historia social (Dreitzel, Wehler, Kocka) para demarcar sus líneas de análisis. El tipo ideal de «estamento», apunta, se distingue por una desigualdad jurídica, unos modos de vida convencionales y la coincidente ubicación de las personas en los rangos de la economía, la política y la cultura. Partiendo de aquellas definiciones, rechaza el uso de la palabra *elite* —tan habitual en la literatura colonialista a partir de los años 1970— por contribuir poco al entendimiento de la estratificación social en las colonias indianas. Sólo se puede hablar propiamente de élites, entendidas como agrupaciones de gente selecta y especializada, desde el fenómeno de constitución de las sociedades de clases (pp. 26-27).

Dos contribuciones previas de la historiografía americanista se pueden citar en relación directa con este nuevo libro: son las obras de Doris M. Ladd, *The Mexican nobility at independence, 1780-1826* (1976), y Alberto Flores Galindo, *Aristocracia y plebe: Lima, 1760-1830* (1984), que se ocupan del comportamiento social de la aristocracia en las capitales de los dos grandes virreinos de Hispanoamérica —allí donde la concentración de títulos nobiliarios era especialmente grande. Por contraposición, el concepto de «nobleza» no se reducía en la sociedad quiteña sólo a las familias portadoras de título y a los caballeros de las órdenes militares; también comprendía este sector a los más importantes dignatarios de la burocracia, el clero y la milicia. Tomando en cuenta los datos de un censo del corregimiento de Quito de 1784 (que ha publicado Lucena Salmoral), resulta que la «nobleza», así definida comprendía alrededor de 500 habitantes en la sede de la audiencia y sobre una población de cerca de 24.000 almas formaba el 2,8 por ciento de los estamentos blanco y mestizo.

Es sabido que la Corona española, compelida por sus deficiencias fiscales, llevó adelante una política bastante generosa en el otorgamiento de títulos nobiliarios. Para el caso de Quito, se observa que el criterio más importante era la capacidad económica del pretendiente, sin importar excesivamente su limpieza de sangre y su eventual hidalguía. Cinco de los títulos de Castilla otorgados para esta región —el condado de Selva Florida y los marquesados de Solanda, Lises, Villa Orellana y Miraflores— fueron cedidos, entre los años 1692 y 1753, por una suma promedio de 22.000 pesos. En otras ocasiones, sin embargo, el ennoblecimiento de los colonizadores se justificó con los méritos y servicios distinguidos y con la prosapia ilustre.

Cierto es que los hábitos de las órdenes caballerescas y sobre todo los títulos de nobleza constituían los símbolos más importantes de prestigio social, pues conllevaban funciones representativas eminentes en las ceremonias civiles y religiosas; pero al final del coloniaje había algunas familias nobles empobrecidas, a las cuales superaban en riqueza algunos linajes de mercaderes. Sostiene Buschges que el fundamento esencial para ingresar en dicho círculo de honor era la reputación —un concepto más bien informal, que resultaba de la intermediación entre aspiraciones personales y aceptación grupal (p. 238). La «nobleza» quiteña era pues un grupo social de carácter dinámico, móvil, que permitía el ascenso e incorporación de nuevos miembros, especialmente si cumplían con los requisitos de fortuna, desempeño de oficios importantes y desarrollo de un modo de vida lujoso.

El investigador alemán en el segundo capítulo de su libro la relación de la «nobleza» quiteña con las categorías étnicas vigentes en la época colonial, así como la dimensión jurídica del estatus nobiliario y sus mercedes, privilegios y obligaciones; también se fija en los antepasados de la gente noble en la Península ibérica y entre las filas de los conquistadores y primeros colonizadores. Examina los oficios más importantes de la burocracia, clerecía y milicia y la relación peculiar entre los conceptos de «sangre» y «virtud». Además, observa el apego a las normas de honra y honor, el papel del estamento nobiliario en las representaciones públicas y sus múltiples actividades económicas. Junto a los aristócratas con títulos de Castilla, repara en los «caballeros de hábito», pertenecientes a las órdenes de Santiago, Calatrava, Carlos III e Isabel la Católica.

El tercer capítulo contiene una investigación histórico-empírica sobre la vida social de la «nobleza» quiteña, limitada a las familias poseedoras de título. Once residentes en la audiencia de Quito obtuvieron esta suprema distinción, la mayoría de las veces durante el siglo XVIII. A ese grupo aristocrático pertenecían las familias Carcelén, Flores, Guerrero, Jijón, Lago de Bahamonde, Larrea, Maldonado, Matheu, Montúfar, Ponce de León, Quiñones, Rocha, Sánchez de Orellana y Villavicencio (varias de ellas estudiadas por Gangotena y Jijón en la primera mitad de nuestro siglo, y más recientemente por Jurado Noboa). Con respecto a dichos linajes, Buschges investiga su presencia en cargos de la audiencia, corregimientos y cabildos; su intervención en la jerarquía eclesiástica y las órdenes religiosas; sus rangos en la milicia, la vida universitaria y los gremios profesionales. También analiza sus propiedades de bienes inmuebles, ya sean haciendas o casas, la constitución de sus mayorazgos, sus negocios de manufactura textil y su política matrimonial (con detalladas informaciones, tablas y diagramas).

En líneas generales, la incorporación de nuevos elementos a la «nobleza» quiteña durante el siglo XVIII sirvió al mantenimiento de la jerarquía social preexistente, y con ello a la conservación de las familias antiguas en el estrato superior de la vida urbana. Al mismo tiempo, se mantuvo vigente la mentalidad de tipo aristocrático, basada en criterios de exclusivismo y distanciamiento social. No hallaron prácticamente lugar para formarse nuevas capas burguesas, con identidad propia, surgidas de la eventual consolidación de actividades mercantiles; fenómeno que se explicaría en gran medida por la estructura económica de la región de Quito y la crisis de su producción durante la época investigada. En medio de tal

R. I., 1997, n.º 209

ambiente, no hubo margen para el ascenso impresionante de ningún hombre de negocios, ni para el desarrollo de las virtudes empresariales en general.

A modo de conclusión, escribe Christian Buschges: «La ubicación social y la mentalidad de la nobleza quiteña al final del período colonial estaban todavía marcadas por caracteres tradicionales, correspondientes al modelo de la sociedad estamental, sobre todo en lo que se refiere a la importancia central del prestigio y de la pertenencia familiar. Por el contrario, en Quito estaban los factores del éxito económico y del rendimiento —que enaltecen el rol del individuo particular— [...] relativamente poco desarrollados y poseían un valor subalterno» (p. 241; la traducción es mía). Hasta donde ha sido investigado, parece distinto el caso de otras sociedades urbanas tardocoloniales, como Buenos Aires y Guayaquil (cf. Socolow y Hamerly, respectivamente), donde existió una economía mercantil más dinámica y tuvo lugar una acentuada imposición de la mentalidad burguesa. ¿Se hallará acaso la explicación en factores como la jerarquía dentro del aparato burocrático, la antigüedad en la empresa de colonización, la vinculación a la renta agraria, el prestigio de las ocupaciones precolombinas, u otros?

Teodoro HAMPE MARTÍNEZ
Pontificia Universidad Católica del Perú

CARREIRO DA CUNHA, Manuela, *Historia dos indios no Brasil*, Edición Companhia das Letras - NHII - FAPESP Sao Paulo Brasil, 1992, 614 pp. 21 x 28 cm.

La historia de los indios, hasta no hace mucho, se escribía en Brasil en tonos elegíacos. Positivistas o románticas, las monografías no hablaban de primitivos sin futuro a los que fuera de sus refugios en las selvas o los desiertos, sólo esperaba la aniquilación física o cultural.

Este espejismo primitivo —producto europeo de larga tradición— se ha perpetuado en formas muy diversas, desde el caníbal tupinambá de Montaigne al indio modélico de etnografías donde de una exigencia de método —el enfoque sincrónico— se hacía axioma. Es curioso comprobar hasta qué punto las descripciones actuales de pueblos «tradicionales» son fieles a ese primitivismo en sus presupuestos, en sus connotaciones y en sus puntos ciegos; así, cada vez que se habla a la ligera de «conservación» o «pérdida» de rasgos culturales o cuando se proyectan hacia un pasado remoto formas de organización e identidades indígenas que pueden ser fruto de procesos relativamente recientes. En todo caso, se trata de un primitivismo refugiado en la sombra o en los tejidos blandos de la teoría, porque a juzgar por lo que se puede ver el americanismo tropical de hoy día se ha convertido a la historia. Durante algo más de diez años la historia indígena ha campeado en congresos y cursos; ha suscitado grupos especializados de investigación y un aluvión de publicaciones. La organizadora de este volumen dirigió durante años grupos de trabajo sobre historia indígena en las reuniones científicas brasileñas, y fundó un centro especializado, el *Núcleo de História Indígena e do Indigenismo* de la Universidad de São Paulo, que ha proporcionado la base intelectual y logística de este libro.

Hay que indicar que esta nueva historiografía ha llegado de la mano de un movimiento indígena, inédito en Brasil, que en los últimos quince o veinte años ha obtenido algunos triunfos legales significativos —el capítulo indígena de la constitución brasileña de 1988, por ejemplo— ha ensayado formas muy diversas de organización a nivel nacional, y establecido complejas redes de alianza con organizaciones «blancas», en Brasil y en el extran-

R. I., 1997, n.º 209

jero. La historia hace su aparición como discurso legitimador de ese movimiento en pleitos concretos —la documentación histórica ha sido un arma muy útil en la reivindicación de tierras indígenas, por ejemplo. Pero también de un modo más general, mostrando que esos indios que tienen un pasado —o sea, que han sido capaces de cambiar— tienen también un futuro entre los otros pueblos del planeta. He aquí una diferencia esencial con otros países americanos, en que el pasado indígena ha sido asumido por la identidad nacional, y en consecuencia por la historia oficial. En el Brasil la historia indígena pertenece a los movimientos sociales, indios o no; no al estado y a sus dueños.

Las consecuencias son también de índole teórico: por un lado, el impulso de partida de esa historiografía no viene de crónicas escritas, o de tradiciones orales consagradas por especialistas o dinastías indígenas, sino de fuentes cuya dispersión y cuyo género desafían claramente los límites de nuestro concepto de historia. Por otro lado, los protagonistas académicos de este proyecto muestran una clara afinidad con el estructuralismo —una orientación teórica con carta de naturaleza en la etnología brasileña, y que un prejuicio arraigado ha querido ver como negación o huida de la historia.

El volumen que aquí comentamos recoge y pone a disposición del público al mismo tiempo un resumen y alguno de los frutos más ambiciosos de esa década de flamante historiografía. Su importancia justifica plenamente que se le haga una reseña aunque hayan pasado algunos años desde su aparición. Pero la reseña tendrá que ser desesperadamente incompleta, y limitarse a subrayar aspectos particulares de trabajos que —bueno es decirlo ya— tienden por lo contrario a abarcar lo más posible y proporcionar al lector pistas para una información más amplia.

Capítulos sobre antropología física (Salzano), lingüística (Urban) y cultura material (van Velthem y Ribeiro) presentan estados del arte en que se han preferido exploraciones innovadoras a las síntesis más consagradas. Vale la pena destacar el espléndido catálogo de colecciones etnográficas, elaborado por Sonia Dorta, una guía necesaria dada la diáspora mundial de las artes indígenas brasileñas.

Tres capítulos sobre el indigenismo brasileño —dedicados respectivamente a la legislación colonial (Perrone-Moisés), a la política indigenista del siglo XIX (Carneiro da Cunha) y a los inicios del Serviço de Proteção aos Índios (Souza Lima) coinciden en mostrar que en las relaciones entre las sociedades india y blanca hubo más ley y más método de lo que suele pensarse, y que hay al fin una terrible coherencia histórica entre las metas de los conquistadores y los colonizadores, y las de un protector positivista como Rondon.

La relación entre sociedades indígenas concretas y la política colonial o nacional brasileña es el eje central de otros capítulos, dedicados a las fronteras del extremo norte (Farage y Santilli), el área Madeira-Tapajós (Menéndez), o a Goiás (Karasch). En términos más actuales, el capítulo sobre los Xavante (Lopes da Silva), describe la trayectoria de un pueblo que desde los años cincuenta —época de su «pacificación»— ha protagonizado en gran medida la política indigenista en una época de extensión de la participación política (un indio xavante llegó a ser diputado por Río de Janeiro) y sobre todo de los medios de comunicación. La relevancia de los capítulos sobre el nordeste (Dantas, Sampaio y Carvalho) y sobre los Botocudos (Paraíso) crece en función de la reciente emergencia de grupos indígenas en regiones de colonización antigua en que según la doctrina oficial y el sentido común del público brasileño, los indios estaban extintos o asimilados desde hace muchos años. La historia es aquí una pieza fundamental en la disputa por la tierra y por la reconstitución de una identidad étnica diferenciada.

El bloque arqueológico —representado en los capítulos de Roosevelt y Guidon— aunque venga a exponer en definitiva dos teorías divergentes, presenta para un público no especializado el propósito común de ampliar la prehistoria indígena brasileña, haciéndola más larga —las fechas propuestas por Guidon para la ocupación humana de sudamérica son

R. I., 1997, n.º 209

aún polémicas— y más intensa. Roosevelt extrema una tendencia ya consagrada (desde los trabajos de Lathrap) a reivindicar las descripciones de los primeros cronistas españoles del Amazonas, que hablaban de poblaciones indias densas y complejas. El valle amazónico se presenta así como un centro de alta cultura, que sirve de contrapeso a los Andes en la génesis cultural de Sudamérica. Puede criticarse a Roosevelt (como a Lathrap) que tienda en consecuencia a absolutizar las diferencias entre el espacio fluvial *complejo* y el interfluvial *primitivo*, hasta desplazar a esa frontera la vieja división entre altas y bajas culturas.

Capítulos como los dedicados al alto y medio Amazonas (Porro) o a la guerra Mura (Amoroso) se proponen aprovechar fuentes nuevas o tradicionalmente mal consideradas, sacando provecho de ellas y de los prejuicios y las razones que las hacían sospechosas. En cuanto al complejo chaqueño (Schmuziger Carvalho) o a los Guaraní (Monteiro) se nos ofrecen intentos de síntesis necesarias no sólo por la variedad de los pueblos indígenas, sino por la presencia de una frontera conflictiva entre blancos (españoles y portugueses, jesuitas y bandeirantes) que multiplica la densidad histórica e historiográfica de la región.

Dígame de paso que buena parte de los autores del libro han participado en la elaboración de una guía de fuentes documentales sobre historia indígena —otro proyecto del NHII, hasta ahora restringido a los acervos de las capitales de estado— que ha hecho cambiar en buena medida un prejuicio demasiado caro a la propia universidad brasileña: ni los indios están tan indocumentados como se creía, ni fueron tan marginales en la historia económica del país como algunos célebres autores quisieron creer.

Otra serie de capítulos (Franchetto, sobre el Xingú, Renard-Casevitz sobre los Kampa, y especialmente Wright, sobre el Alto Río Negro) se aventuran a la busca de una historia oral que, como ya se ha dicho, carece de apoyos técnicos o institucionales y, para las épocas más distantes debe recurrir a las fuentes equívocas de la mitología, la poesía o la toponimia.

La faz más radical del libro puede estar en capítulos como los que corresponden a los Tupinambá (Fausto), al conjunto Pano (Erikson) y a los Kayapó (Turner). Las consideraciones históricas pasan por un denso filtro etnológico, en busca de un devenir que no se mide en años o siglos sino en transformaciones de la estructura social y simbólica. En ese proceso, el blanco está lejos de representar un valor fijo: si hay sociedades marcadas por el «antes» y el «después del blanco» hay otras que subsumen esa colisión en una especie de teoría general de la otredad que cumple un papel esencial en la sociología interna de los grupos amerindios. El trágico «encuentro» es un hecho histórico, pero no es el advenio de la historia, como tendemos a pensar al son de la arrogancia o de la mala conciencia europea. Sociedades diferentes viven tiempos diferenciados, y la etnología actual puede enriquecer la lectura de las viejas crónicas siempre que se esté más atento a las mutaciones y a las lagunas que deseoso de rellenar éstas sin criterio. Lo más interesante puede ser ver nuestras categorías históricas abstractas —indios primitivos y feroces versus civilizaciones indígenas— convertidas en elementos de una etno-sociología concreta. «Complejos» y «elementales» no son protagonistas sucesivos de la historia, sino actores conscientes que —como muestra el excelente capítulo de A.C. Taylor, sobre la Alta Amazonia post-colombina— a menudo intercambian sus papeles. Desde los primeros contactos con la humanidad amerindia, los europeos se vieron tentados por la hipótesis de la «degradación», por la sospecha de que ese salvaje fuese el producto de un proceso regresivo; hoy, cuando la fe en la linealidad de la historia se ha debilitado, nos asombra la versatilidad de las culturas indígenas, capaces de expandirse con rapidez o de comprimirse en marcos demográficos y tecnológicos sumarios.

Una riquísima iconografía —en buena parte inédita, o poco conocida— complementa el libro, proporcionando una visión del indio que no se limita a algunas imágenes arquetípicas, sacando del baúl esas «fotos movidas» capaces de mostrarnos el segundo plano de la historia o la antigüedad de algunas visiones que solemos considerar nuevas. Citemos, entre

R. I., 1997, n.º 209

tantas otras imágenes, los retratos de indios vestidos a la europea, plasmados durante su visita a la ciudad o a una corte distante, o de los veteranos de guerra (de una guerra «de blancos») luciendo quepis y galones, o los óleos del holandés Eckhout (s. xvii), tan notables por su realismo físico como por su engañosa alegoría de la civilización y el salvajismo. La selección privilegia, por decirlo así, una cámara subjetiva, que da testimonio de las ideas y las intenciones del acuarelista romántico o del reportero contemporáneo.

História dos Índios no sustituye el viejo *Handbook of South American Indians* de Julian Steward —abarca un universo menor, y registra demasiadas lagunas— pero como él supone un hito, que nos obliga a ver con otros ojos a los indios de las tierras bajas y aquella dicotomía, habitualmente mal entendida, entre sociedades frías y calientes. Para ser histórico —es la moraleja— no es necesario hacer de la historia una cosmología; los indios han vivido su historia sin creer o confiar en ella, y en el tiempo que corre el suyo puede ser un buen ejemplo.

Óscar CALAVIA SÁEZ

Dpto. Antropología

Universidade Federal de Santa Catarina, Brasil

GALSTER, Ingrid. *Aguirre oder Die Willkür der Nachwelt. Die Rebellion des baskischen Konquistadors Lope de Aguirre in Historiographie und Geschichtsfiktion (1561-1992)*. Frankfurt am Main: Vervuert, 1996. ix, 927 p. ISBN 3-89354-075-X.

Recordemos ante todo los hechos: en 1561 el conquistador vasco Lope de Aguirre escribe una vigorosa carta a Felipe II, por entonces el soberano más poderoso de la Tierra, donde tutea al rey y lo acusa de crueldad e ingratitud frente a los servicios que Lope ha prestado a la Corona. Mientras los verdaderos conquistadores del Nuevo Mundo quedaran sin recompensa, decía, no tendría el rey derecho a obtener ningún beneficio de los pueblos americanos, ya que nada había arriesgado en la empresa de colonización. Aguirre terminaba desvinculándose de España y declarando la guerra a su monarca. Acogiéndose a las medidas de amnistía implantadas por la Corona, sin embargo, los seguidores de Aguirre decidieron abandonar su estandarte en el pueblo de Barquisimeto (Venezuela), y enseguida fusilaron, degollaron y descuartizaron al «traidor».

Buscar las causas del enfoque tan frecuente que ha merecido la rebelión de Lope de Aguirre y su hueste en los últimos lustros, justifica plenamente el desarrollo de la presente investigación. Se trata de la tesis para habilitación en la docencia ¿o segundo doctorado? que la profesora Ingrid Galster, estudiosa de las lenguas y literaturas románicas, presentó en 1993 a la Universidad Católica de Eichstatt, en Baviera. En el grueso volumen se procura responder, entre otras, las siguientes preguntas: ¿qué es lo que predestina a una figura como Aguirre para tal diversidad de interpretaciones?, ¿a qué necesidades históricas responden las visiones de los autores y los grupos que ellos representan?, ¿cómo influye la tradición de los géneros literarios en la respectiva presentación del tema?, ¿cómo se utiliza o instrumentaliza el pasado, a través de la historiografía y la ficción, para los fines del presente?

La autora ha tratado de reunir todos los textos sobre la rebelión de los llamados «Marañones» acerca de los cuales poseía noticia, consultando para ello gran cantidad de bibliotecas y centros de documentación en Europa y América. A diferencia de las investigaciones producidas hasta la actualidad, Galster incluye en su *corpus* de análisis también a los textos que se autodefinen como historiográficos, en lugar de confinarlos a las notas de

R. I., 1997, n.º 209

pie de página en calidad de garantes de la «verdad histórica». Lo hace así siguiendo, por cierto, las criterios en boga sobre la indistinguibilidad de los discursos pragmáticos y de ficción; bajo el entendimiento de que ninguna (re)escritura de la historia es objetiva o neutral, sino está condicionada personal e ideológicamente. De lo que se trata en la presente obra es, justamente, de determinar tales factores condicionantes.

La expedición a Omagua de Pedro de Ursúa y la rebelión de Lope de Aguirre son dos acontecimientos conexos de los cuales la posteridad se ha ocupado intensamente. En los relatos de los testigos presenciales —Francisco Vázquez es el más conocido— se basan amplias relaciones de cronistas e historiógrafos de la época colonial, desde el propio siglo XVI. La *Recopilación historial* del franciscano Pedro de Aguado, las *Elegías de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos, la *Jornada del río Marañón* de Toribio de Orti-guera y *El Marañón* de Diego de Aguilar y Córdoba, en concreto, brindaron el fundamento para tratar aquellos episodios en las historias nacionales surgidas después de la Independencia. Por lo que se refiere al Perú, país de donde salió la expedición de los «Marañones», la autora destaca la presencia de Aguirre en la compendiosa *Historia del Perú bajo la dinastía austríaca* de Sebastián Lorente (1863) y en el *Diccionario histórico-biográfico* del general Manuel de Mendiburu (1874); asimismo, enfoca la silueta trazada por Ricardo Palma, «Lope de Aguirre el traidor», que vio originalmente la luz en el *Correo del Perú* en 1873. En la Península ibérica, el personaje fue relanzado por escritores de la «generación del 98», como Pío Baroja, Ciro Bayo y Miguel de Unamuno.

A partir de los años 1930, o poco después, la rebelión aguirreana empezó a ser tratada no sólo por historiadores y ensayistas, sino también por poetas, cuentistas, novelistas y psiquiatras. En la parte correspondiente, Galster recoge el estudio histórico-psicológico de los peruanos Juan B. Lastres y Carlos Alberto Seguí (1942), la biografía de Rosa Arcinie-ga, chilena radicada en nuestro país (1946), y el enfoque marxista del antropólogo Emilio Choy que promueve al conquistador a la categoría de abanderado de la resistencia autóctona (1958). Más aún, la investigadora germana asume la tarea de rastrear la imagen de Lope de Aguirre a través de los manuales escolares de historia del Perú, hasta llegar a uno redac-tado por Pablo Macera unos cuantos años atrás.

Posteriormente tuvo lugar el salto de Aguirre hacia el campo intercontinental, vale decir, más allá de los países involucrados en su aventura rebelde. Con la película realizada por el alemán Werner Herzog, *Aguirre, la cólera de Dios* (1972), gran parte de la audiencia europea comenzó a interesarse por el trasfondo de la conquista española de América. Ese filme contribuyó al surgimiento de otras producciones, como tiras cómicas, novelas de ambientación histórica, y reediciones y traducciones de las viejas crónicas —por no hablar de la propia filmación de Carlos Saura, el director español, bajo el título *El Dorado* (1988). Desde entonces los trabajos de la crítica especializada sobre Lope de Aguirre han experi-mentado un crecimiento vertiginoso.

En unas páginas densas, cargadas de reflexión, Ingrid Galster analiza al final de su li-bro el desarrollo de la imagen del personaje, sin tomar partido por la figura del héroe o del malhechor. Más bien, le interesa poner en relieve las complejidades de la reconstrucción histórica: ésta depende siempre de la posición individual del «historiógrafo» —en el senti-do más amplio de la palabra— y está signada, en consecuencia, por una inevitable (y a veces inconsciente) arbitrariedad (p. 830). No es extraño el caso de autores que por cues-tiones oportunistas ocultan una parte de la realidad, en tanto que no corresponde a su línea estratégica.

A lo largo de la historia ha ido cambiando la imagen de Aguirre, pero las diversas in-terpretaciones del pasado pueden también encontrarse reunidas en la actualidad. Todavía hoy es un lugar común tildarlo de loco e insistir en la demonización adoptada por los cro-nistas tempranos, así como (por el contrario) elevarlo al rango de precursor de la emanci-

R. I., 1997, n.º 209

pación latinoamericana. La autora procura demostrar, sin embargo, que no todas las concepciones endilgadas por la posteridad tuvieron cabida en el personaje real. Opina Galster que no siempre se ha tenido en cuenta el complejo contrapunto de dominado y dominador que latía en el conquistador vasco; se ha omitido el asunto de la distribución de los bienes americanos —incluyendo mano de obra nativa— que estaba detrás de la rebelión de Lope. Al «tercermundismo» de nuestros días debería parecele monstruosa la defensa de un soldado que procuraba aprovecharse de los indios como presa de guerra, añade (p. 832).

Hoy en día la figura de Lope de Aguirre no cosecha mayores simpatías ideológicas. En todo caso, el episodio de su rebelión sirve para reconstrucciones fictivas de la conquista y la historia colonial latinoamericana, cuyos actores aparecen como caricaturas, desprovistos de toda verosimilitud. Respecto a las piezas que reclaman a mayor correspondencia con la «verdad histórica», empero, es cierto que desde el establecimiento de la historiografía como disciplina científica (en el siglo XIX) tienden a reducirse los procedimientos ficcionales y retóricos. En la obra de los historiadores la presentación de los hechos toma una forma más unívoca y ganan en consistencia los elementos analíticos y argumentativos. Los historiadores modernos no llegan hasta la (ilusoria) objetividad, pero se esfuerzan por limitar la arbitrariedad de los factores subjetivos... ¡Una observación profunda a manera de conclusión!

La detallada bibliografía de más de mil títulos, perfectamente ordenados según su utilización en la obra, refleja la minucia del trabajo de investigación emprendido por la profesora Ingrid Galster. Fomentar la publicación de esta magna contribución en lengua castellana —la misma que utilizó Lope de Aguirre en su famosa carta al rey— es un deber verdaderamente ineludible. Así tendrán los estudiosos y teóricos de la cultura en América Latina un ejemplo brillante de los frutos que produce hoy la *Rezeptionsgeschichte* (historia de la recepción) en el mundo académico de habla alemana.

Teodoro HAMPE MARTÍNEZ
Pontificia Universidad Católica del Perú

GIOBELLINA BRUMANA, Fernando, *Las formas de los dioses. Categorías y clasificaciones en el Candomblé*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1994, 437 pp.

En Brasil, todos los años, las autoridades municipales de Bahía, Río de Janeiro, São Paulo y otras ciudades, para hacer favorable el año nuevo rinden homenaje a Iemanjá, la reina del océano, hija de Olocum, mujer de Olofin, madre de Ogum, Oxosse y Obá. Estos personajes y muchos otros son los *orixás* o «santos» que conforman el complejo panteón del Candomblé, una religión de origen africano que cada día que pasa adquiere mayor influencia en la sociedad brasileña. Lejos están los días en que sus adeptos tenían que sobornar a la policía para poder practicar sus ritos; más lejos aún los años de persecución bajo la dictadura de Getulio Vargas, en las décadas de 1930 y 40.

Buena parte de este ascenso social y político —denuncia Giobellina Brumana en este libro—¹ se debe a algunos de los antropólogos no brasileños que han estudiado este culto

¹ El ascenso empezó en los años 70; cf. el documental etnográfico «Umbanda: The Problem Solver», 1977, a cargo del antropólogo Peter Fry, producido por la británica Granada Films dentro de la serie *Disappearing Worlds*. Como el título sugiere, el documental tiene como objeto principal otro culto afrobrasileño, Umbanda, pero muestra el modo como

de posesión desde los años de Vargas, notablemente P. Verger y R. Bastide. No lo han conseguido por la vía de un mejor conocimiento del mismo y el interés en él que sus trabajos pudieran suscitar entre los no practicantes; sino mediante la adecuación de los datos recogidos a ciertas expectativas teóricas que, dado un clima político propicio, pueden favorecer (y de hecho han favorecido) el desplazamiento del Candomblé desde el «margen» de la formación social brasileña a su «centro», por emplear la terminología de M. Douglas que Giobellina sigue. Muchos adeptos del culto (especialmente en la ciudad de Bahía, su presunta Meca) no sólo no han opuesto resistencia a este desplazamiento, sino que se han subido al tren que lo causa. No se les puede criticar mucho por ello.

Pero el Candomblé es aún marginal, «subalterno», en algunos lugares de São Paulo (al menos lo era todavía cuando Giobellina estuvo allí), y es desde el estudio de ese Candomblé, «de barrio», «popular», que su autor puede hacer esa denuncia.

Giobellina —uno de los pocos expertos en cultura urbana brasileña que hay en España— hizo ese estudio a lo largo de varios años, entre 1983 y 1990. Su interés en el Candomblé surgió de un trabajo anterior —hecho en colaboración con E. González Martínez— sobre Umbanda, que es también un culto de posesión (*Spirits from the Margin*, Uppsala, 1989). En 1984 tuvo la fortuna de ser admitido en uno de los centros de culto de Candomblé de mejor *pedigree* religioso de la ciudad: la *casa de santo* de Pai Toninho, quien se había formado en la tradición del más antiguo Candomblé de Recife, la otra gran capital de este culto en Brasil. Desde su posición en esa *casa de Santo*, Giobellina no sólo pudo observar y preguntar por lo que ocurría en ella, sino también hacer indagaciones sobre los hábitos de sus practicantes fuera de ella, sobre el ritual seguido en otras casas de culto, y sobre la relación con los adeptos de otras religiones subalternas de São Paulo (además de Umbanda, el pentecostalismo y el espiritismo kardecista) así como con la Iglesia Católica, el «centro» religioso por excelencia del país. Aparte de su diario de campo, el fruto del trabajo fueron cuarenta horas de entrevistas grabadas y abundante material gráfico y auditivo, todo lo cual constituye la materia prima de *Las formas de los dioses*.

Aparte de las diferencias de una ciudad a otra, hay otros factores de variación en el Candomblé: como el de la tradición ritual o la idiosincrasia de una *casa de santo* con respecto a las demás. Esto es característico de toda religión subalterna (una religión del «centro» no puede permitirse ese lujo); pero no significa que haya realmente un Candomblé «auténtico» y otro que no lo es. Esta es la primera mistificación creada por antropólogos como Verger y Bastide, quienes se cuentan por eso entre los padres fundadores del «Candomblé auténtico». Todas las variantes del culto son auténticas en la medida en que dan un cierto sentido a la vida de sus adeptos; un sentido que distingue al Candomblé de las otras religiones con las que convive. Lo generan un sistema propio de clasificaciones (los *orixás*, los agentes del culto, los elementos rituales, las partes de la *casa de santo*, la contraposición con lo que no es Candomblé) y sus dos «ejes categoriales»: el *axé* y el *odum*. El primero es la energía vital del universo, la fuente de poder de todas las cosas clasificadas, incluidos los *orixás*; el Candomblé permite un conocimiento de sus manifestaciones y vías de transmisión, y por tanto de la manera en que el adepto puede mejor beneficiarse de él.

tanto Umbanda como el Candomblé han sido apropiados por las autoridades como parte de un plan de revisión de las señas nacionales de identidad. Aparte de los ritos propiciatorios mencionados, el film incluye un acto de aprobación presupuestaria de los gastos de una gigantesca estatua de Iemanjá en Sao Paulo, con el ritual correspondiente, presidido por el alcalde y otras autoridades municipales. Mi agradecimiento a Catherine Howard por llamar mi atención sobre la relevancia de este film sobre el tema que nos ocupa. Los atributos de Iemanjá los he tomado del trabajo de Giobellina.

R. I., 1997, n.º 209

El *odum* es el medio estructurador del *axé*, lo que crea sus formas significativas; por ejemplo, lo que hace que un hombre, al nacer, sea distinto de otro. Toda persona está marcada, así, por su *odum*; el cual comparte, además, con una y, en casos, hasta dos y tres divinidades. Es precisamente el compartir el mismo *odum* con un *orixá* la base sobre la que se establece la posesión del adepto por él, que es entendida como una relación de filiación de aquél hacia éste. Esta relación mística directa entre los dos (entre «santo» y «*filho/a-de-santo*») es el primer condicionante de la vida religiosa del adepto, y lo que le da al Candomblé un marcado carácter personalista que el catolicismo, por ejemplo, no tiene.

Los dos ejes categoriales y las clasificaciones tienen su fundamento en las prácticas rituales, casi todas las cuales se hacen en la *casa de santo* bajo la dirección o influencia del jefe de la casa, el *pai de santo* si es hombre, la *mae de santo* si es mujer. El Candomblé está lejos de ser una «filosofía», que es la segunda imposición antropológica. La mayor parte de lo que se dice en el Candomblé está supeditado a sus ritos, si es que no forma parte del código ritual, extremadamente riguroso.

La tercera imposición es dar al origen africano de esta religión una relevancia que no tiene cuando se observa de cerca su operatividad. Sus elementos son ciertamente de origen africano, pero la articulación estructural de los mismos no lo es; para entenderla, hay que tener en cuenta el contexto brasileño en el que esa operatividad tiene lugar. En el contexto específico de São Paulo, esa articulación tiene que verse como parte de una estructura triangular mayor: los ritos en la *casa de santo* y su sentido se contraponen, por un lado, a la vida en la ciudad; y por otro, a la residencia privada del adepto y las relaciones familiares que rigen en ella. Se contraponen, por tanto, a «las dos instancias de la normatividad oficial»; y, al hacerlo, establecen «un nuevo espacio» simbólico entre las dos cuyo «efecto esencial» sobre el practicante es el de darle una nueva identidad, autónoma con respecto a la que le dan aquéllas. El Candomblé es así, ante todo, un medio de «control conceptual» del mundo que el adepto tiene que soportar pero en el que tiene que vivir necesariamente. El culto puede producirle también, desde luego, efectos terapéuticos frente a las presiones y daños de la «normatividad oficial»; pero éstos son beneficios añadidos y no esperados. Giobellina distingue entonces esta situación de la que implica el mesianismo. La diferencia entre los dos no es la diferencia entre «cultura» y «política» (como escribiera Bastide), sino la de distintos modos de relación con el mundo exterior. El mesianismo es dualista (nosotros vs. ellos), y opone a la estructuración de ese mundo, que rechaza, una indiferenciación interna que juzga superior. El Candomblé es triádico; tiene una estructura interna y ésta se las tiene que ver con un mundo que no niega, pero que le atosiga y con el que trata de negociar de igual a igual: el de la ciudad y la residencia privada. Y trata de negociar con una y con otra; no de mediar entre ambas, contra lo que pudiera esperarse del concepto de triadismo de Lévi-Strauss.

El efecto identitario del Candomblé frente a esos otros dos vértices del triángulo es puesto de manifiesto en las diferentes partes del largo rito de iniciación del adepto, la *feitúria de santo*; que es el proceso que le permite descubrir, por mediación del jefe de la casa, al *orixá* que posee su cuerpo. Al término del rito, la identidad adquirida por el iniciado es presentada por el culto, paradójicamente, como una recuperación de lo que él fue antes, salvo por los elementos extraños que el rito se encarga de eliminar: todo aquello que le fue «impuesto por los otros [los ajenos al Candomblé], hombres o espíritus». Giobellina advierte oportunamente que esto obliga a corregir también la idea clásica de Van Gennep sobre los ritos de paso. En el Candomblé, el rito de iniciación no marca una ruptura con el pasado, como diría el autor alemán; es más bien un «filtro que bloquea ciertas cosas del pasado del neófito y deja pasar otras», como todo aquello que eligió en su vida libremente y, «lo más importante, lo que no (...) podía haber elegido pero tampoco [le] ha sido impuesto: el *odum* que

R. I., 1997, n.º 209

(...) lleva en la cabeza desde el nacimiento, que marca una manera de ser (...) y una manera de actuar (...), y establece el vínculo con la divinidad con la que (...) lo comparte».

Esto es algo que el Candomblé tiene en común con el pentecostalismo, pues ni en Umbanda ni en el espiritismo kardecista la iniciación supone una nueva identidad. En el pentecostalismo, sí; aunque en éste la vida nueva del iniciado está saturada de normas sobre lo que debe evitar de su vida anterior (el juego, el baile, el sexo ilegítimo); mientras que en el Candomblé la nueva condición no implica «normatividad alguna, salvo la adecuación [de los practicantes] con los estereotipos condensados en [la definición] de los *orixás*».

El análisis de un rito de iniciación observado en la casa de Pai Toninho es el núcleo expositivo del libro. Salvo la introducción y los dos primeros capítulos, el resto de la obra (más de 250 páginas dedicadas a describir la casa de culto, sus oficiantes, el panteón de santos, la naturaleza de la posesión y las prácticas místicas que conlleva) puede ser entendido en buena medida como un trabajo de preparación para entender ese rito y sus efectos, donde todo el orden clasificatorio del Candomblé aprehendido por Giobellina se pone finalmente en juego. Hasta ese momento la lectura es bastante laboriosa, resultado de la dificultad de presentar por separado elementos que en la realidad forman parte de un sistema. El autor no siempre pudo vencer esta dificultad; y así, en partes de la exposición se ve en la necesidad de adelantar información que tiene que dar por entendida, pero que sólo puede explicar más adelante. Por ejemplo, las expresiones repetidas «hacer santo», «tiempo de santo», «aceptar incorporar», no empiezan a estar claras sino hasta después de la página 111; la importante diferencia entre los *orixás* y otros entes místicos, los *exus* y los *eduns*, no llega sino en la página 203 y ss.

El glosario que acompaña al texto es un pobre remedio a este problema; hay términos que no están incluidos en él (v.g., *roda*, *exé*), y hay en él demasiadas definiciones lapidarias de términos que el propio texto convierte en ingenuas, si no confusas. Los muchos defectos de edición que el libro tiene (a pesar de tratarse de una publicación académica) agravan aún más el problema; y no es el menor la ausencia de un índice analítico. El sistema al completo, como digo, aparece con claridad en las últimas 100 a 150 páginas, y el lector, cuando ha llegado hasta allí, puede desear releer algunos de los capítulos anteriores para entenderlos mejor y poder admirar así la gran coherencia que el texto realmente tiene. Ese al menos ha sido mi caso.

La fiabilidad de esa coherencia hay que medirla por su capacidad de explicar otros datos observados, pero no incluidos en el sistema clasificatorio. Giobellina pasa esta prueba sin dificultades, y ahí están, como ejemplo, sus brillantes explicaciones de por qué la hechicería no tiene en el Candomblé la importancia que tiene en Umbanda (páginas 230-48, 299-303); o por qué la mayoría de los *pais-de-santo* son homosexuales (páginas 283-94).

El autor, sin embargo, reconoce que hubo aspectos cruciales de los ritos que le fueron vedados; el Candomblé es también una religión misteriosa. El más crucial tal vez fue el de las reglas de interpretación del llamado *jogo-de-búzios*, el juego de echar sobre un recipiente de paja unas conchas a modo de dados, que es como los *pais-de-santo* saben los deseos de los *orixás*.

Por otro lado, también reconoce al final que hubo líneas de investigación que no siguió, o siguió poco; como la del contenido simbólico de los distintos elementos materiales que intervienen en los ritos (más allá de las relaciones estructurales que hay entre ellos, que es lo que sí estudió Giobellina), o los fundamentos sociales de esos y los demás elementos clasificatorios que expone. Podría mencionar otras líneas, pero son éstas las que más he echado de menos. La primera apunta, si no a una «filosofía» del Candomblé, sí a una rica y compleja cosmología. Ya que la obra nos ofrece sólo una parte de ella, cabe preguntarse (como hace el mismo autor) por la relevancia del resto sobre el sentido de los rituales.

R. I., 1997, n.º 209

En cuanto a la segunda, Giobellina excusa su labor en este frente declarándose fiel a la ortodoxia de Saussure —a quien no preocupaba la motivación de los significantes—, y dudando de la «oportunidad» de derivar la investigación por este lado (p. 425). Estas explicaciones no pueden ser convincentes. Tal vez Giobellina quiere decir que no tuvo en realidad medios para hacerlo; o tal vez que consideró que era un campo ya trabajado suficientemente por los investigadores funcionalistas (a quienes alude en la introducción); los cuales, sin embargo, no dieron importancia a las clasificaciones con que operan los adeptos del culto, ni tampoco a la efectividad que tienen en sus vidas. La apelación a Saussure, en todo caso, es desconcertante. Giobellina parece más bien un estructuralista heterodoxo; por si hubiera dudas al leer *Las formas de los dioses*, ahí está su *Sentido y orden* (Madrid, 1990), donde reivindica, con espíritu crítico, la obra de Durkheim, Mauss, Turner y Dumont, aparte de la de Saussure, Douglas, Van Gennep y Lévi-Strauss. Es desde luego reactio a buscar las motivaciones en la «naturaleza», pero no a buscarlas en la sociedad. Las clasificaciones pueden ser anónimas y colectivas; no obstante, a menos que aceptemos la revelación divina, hay que pensar que se trata de creaciones humanas.

El libro ofrece, además, suficientes muestras de lo prometedor que hubiera sido (todavía puede serlo, naturalmente) un estudio en el que los elementos clasificatorios del culto son puestos en juego con la red de relaciones, conflictivas o no, entre —y dentro de— tradiciones y *casas de santo*; y entre éstas o esas y el mundo exterior. Pienso, por ejemplo, en el conflicto entre las *casas de santo* de raíz más antigua —como la de Pai Toninho— y las que tradicionalistas como él consideran advenedizas y vulgares (p. 51); o las interesantes estrategias políticas que parecen ocultarse tras las discrepancias teológicas sobre las «cualidades» de los *orixás* (p. 406), o tras los casos de error de identificación de «santo» en los ritos de iniciación (pp. 400-1). Giobellina habla de estos asuntos sólo de pasada, dentro de las generalidades del contexto brasileño del Candomblé, o como datos subordinados a su formulación del orden clasificatorio.

Juan J. R. VILLARIAS ROBLES

Departamento de Antropología de España y América, CSIC

GUICHARNAUD-TOLLIS, Michèle, *Regards sur Cuba au XIX^e siècle. Témoignages européens*, Paris, L'Harmattan, 1996. 362 p. (Col. Recherches et Documents Amérique Latine). ISBN: 2-7384-4084-3.

Destino hoy de un nuevo flujo turístico que acaba de convertir el turismo en la segunda fuente de divisas del país, la isla de Cuba había sido muy visitada ya en el siglo XIX, siendo aún española, por los viajeros europeos. Viajeros de otra naturaleza, por cierto, que los actuales veraneantes, por proceder entonces aquéllos de la minoría intelectual y económica que disponía de ocio y dinero para poder cruzar el Atlántico y detenerse en La Habana o en algún ingenio sin precipitarse a las playas. Viajeros en busca de descubrimientos exóticos, científicos curiosos, cónsules, comisarios y demás sigilosos informantes, de los cuales un número notable ha dejado preciosos testimonios escritos que van del diario personal al libro de agitación política.

A lo que observaron y consignaron aquellos viajeros europeos del siglo XIX, le dedica un estudio amplio la doctora Michèle Guicharnaud-Tollis, catedrática de literatura y civili-

R. I., 1997, n.º 209

zación latinoamericana de la Universidad de Pau (Francia) y autora de trabajos anteriores que la han perfilado y acreditado como relevante «cubanista»¹.

El libro no cubre, en rigor, todo el siglo XIX. Los últimos testimonios recogidos y analizados en él coinciden con el principio de la Guerra de los Diez Años (1868-78), que modifica fuera la imagen grata de Cuba y cierra de hecho la «edad de oro» —como la llama Hugh Thomas— de la historia de aquella edénica isla.

Unas cuarenta relaciones de viaje están reseñadas y escudriñadas, siendo las más de ellas obras de franceses e ingleses, por igual. En ellas, ¿qué le interesa a la autora? En los diez capítulos de un plan limpio y riguroso nos lo dice con exactitud:

- La configuración de los distintos tipos de viajeros.
- Las impresiones dejadas en ellos por La Habana y por la provincia: exotismo y espacio entre mito y realidad.
- Su apología de las riquezas y la prosperidad de la isla.
- Sus miradas sobre la población servil.
- Sus miradas sobre la sociedad blanca.
- Sus miradas y sus prejuicios sobre la población de color.
- Las calamidades de la colonia, según ellos.
- Su crítica moral a la sociedad corrupta y a las instituciones.
- Su visión del futuro de Cuba: ¿regeneración o reconquista de la Edad de Oro?

Lo novedoso del estudio de Michèle Guicharnaud-Tollis no estriba sólo en su sistematización. Ha logrado que las descripciones e impresiones en que se apoya (que son las principales), llenas de interpretaciones y deformaciones que reflejan intereses y mentalidades, queden aclaradas y valoradas. Ha usado un método comparativo que señala las evoluciones y revela las diferencias: sobresalen así por su cuidadosa información un Jameson en Inglaterra y un Duvergier de Hauranne en Francia. Enfatiza el interés y el grado de validez de los testimonios al establecer en permanencia una relación entre lo que tal o cual apunta sobre una realidad particular y lo que se sabe hoy de esa realidad. El trabajo abarca paralelamente las referidas miradas, dentro de un estudio de las «representaciones», y las mismas realidades geográficas, económicas, sociales, culturales y políticas de Cuba en el siglo XIX. Obrando así la autora ha logrado redactar de manera amena una excelente introducción a los grandes problemas de la sociedad cubana en la época considerada: la expansión azucarera, el peso de la esclavitud, el miedo al peligro negro, la vida del guajiro, la tentación anexionista, etc.

Completan el estudio un glosario, útil no sólo al lector francófono ya que en él van definidos conceptos y vocablos ya poco familiares al hispanófono; una bibliografía abundante y meticulosa, admirablemente organizada (pp. 323-351); y un índice de los autores más citados a lo largo del texto.

Este libro de Michèle Guicharnaud-Tollis amplía considerablemente los primeros y ya lejanos esbozos bibliográficos que sobre el tema de los viajeros a Cuba hicieron Luciano Pérez de Acevedo y Cristóbal de la Habana en los años 30, y los estudios universitarios que en sendas tesis doctorales Hortense Faivre d'Arcier (París III, 1990) y la propia autora

¹ Al lado de numerosos artículos sobre cuestiones de historia y literatura cubana del siglo XIX, y últimamente sobre los «reformistas» Ramón DE LA SAGRA y Calixto BERNAL, cabe recordar dos libros suyos publicados igualmente en francés: *L'émergence du Noir dans le roman cubain du XIX^e siècle*. Paris, L'Harmattan, 1991; y *La correspondance des agents britanniques en poste a La Havane, 1820 -1850*, Saint Denis, Université de Paris VIII, Histoire des Antilles Hispaniques, 1988.

(Burdeos, 1987) consagraron a algunos de aquellos viajeros. ¿Podría ampliarse aún más el conjunto de textos sondeados y la bibliografía crítica? Ciertamente. Por ejemplo, por uno de esos descuidos al que no escapa el investigador más exigente, faltará en la lista de los libros recientes dedicados por completo al tema el libro póstumo de Juan Pérez de la Riva, extraordinario conocedor de los tesoros de la Biblioteca Nacional de Cuba². Pero, ¿cómo este detalle podría afean un libro que por su precisión documental y su enfoque ancho merece el reconocimiento de los americanistas y merecería ser traducido al español?

Paul ESTRADE

Universidad de París VIII/Saint-Denis
Centro de Historia de las Antillas Hispánicas

IRUROZQUI, Marta, *La armonía de las desigualdades. Elites y conflictos de poder en Bolivia, 1880-1920*. Cusco: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (España); Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, 1994, 240 pp. Archivos de Historia Andina. 18.

El centro de las preocupaciones de la autora es aprehender la naturaleza exacta del proyecto nacional al que se abocaron las elites bolivianas a fines del siglo XIX: un proyecto excluyente que buscaba confinar al pueblo indígena y mestizo en una estricta subordinación. El interés de Irurozqui por comprender la dinámica de las elites se inscribe en el afán de alejarse de los tópicos predominantes sobre éstas en la historiografía de los años sesenta y setenta, en que dichas elites eran tildadas de incapaces por no haber construido una nación democrática, moderna y exitosa según el modelo europeo o norteamericano. Su trabajo tiene el mérito indiscutible de asirse a esta postura crítica para adentrarse en la complejidad de las maniobras de una fragmentada clase dominante empeñada en preservar su lugar social y político en la Bolivia derrotada y dividida de fines del siglo XIX.

El libro se compone de cuatro capítulos. En el primero se estudia el surgimiento del sistema de partidos en el período que va desde la retirada de Bolivia de la guerra con Chile (1880) y el inicio de la Guerra Federal de 1899. Sostiene la autora que dicho sistema, construido para respaldar el predominio conservador de la elite minera centrada en Sucre, buscaba regular la competencia interna de la elites de modo que no resultara autodestructiva, para lo cual era crucial controlar el ascenso social y mantener a la colectividad indio-mestiza al margen de la política de partidos. Irurozqui subraya que las diferencias de fondo entre los partidos políticos bolivianos fueron insignificantes.

En el segundo capítulo, la autora analiza la creciente importancia de la elite paceña que resultó consolidada con las medidas que los gobiernos conservadores aplicaron para incentivar la agricultura y la vida económica en general. Este sector paceño encontraría en el partido liberal la expresión de sus ambiciones políticas. La venta de las tierras comunales fortaleció la pujanza material de la elite, pero tropezó con la resistencia de los indígenas, quienes trataron primero de detener el despojo por medios legales para luego, en vista de la inutilidad de esa vía, lanzarse a una lucha violenta. La autora expone que los liberales utilizaron el descontento campesino para sostener su asedio al poder político conservador,

² Juan PÉREZ DE LA RIVA, *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1981. 268 pp.

asedio que precipitó el marco existente de las relaciones políticas en una crisis que culminó con el estallido de la Guerra Federal de 1899 entre conservadores y liberales.

El tercer capítulo expone el papel del discurso federalista en el reclamo de legitimidad que hacía el grupo paceño liberal con el objetivo de formar un frente común contra el grupo minero de Sucre. Irurozqui examina el discurso oscilante de la elite en torno a la participación indígena en la guerra: antes de la guerra, los políticos conservadores denunciaban la agitación liberal entre los indígenas, es decir, negaban la autonomía de su movilización. Después de la masacre de Mohoza, en que los indígenas diezmaron a un destacamento del ejército liberal, la interpretación cambió para introducir la noción de una acción indígena autónoma planeada maquiavélicamente con el fin de acabar con la raza blanca en Bolivia.

Un análisis más amplio y profundo de los discursos de la elite sobre la cuestión indígena y su empleo en los conflictos intraélite es el tema del capítulo cuarto. Destaca la autora que los grupos desplazados de la elite convirtieron el «problema étnico» en la explicación de los males que aquejaban a la nación boliviana con el fin de ganar espacio político. A través del proceso por la masacre de Mohoza, de los proyectos de educación para el indio, de la postura de la iglesia, de las novelas y ensayos de periodistas y escritores, de los planes de colonización del oriente, Irurozqui discierne el nuevo consenso a que llegaron las elites a partir de 1900 para mantener a los indígenas y mestizos alejados del ámbito político. Sostiene además que este consenso incluyó a los sectores subalternos.

Si bien Irurozqui atinadamente alerta a los historiadores del peligro de proyectar una imagen ideal de la resistencia popular y de la autonomía indígena, no es claro que su recurrir a nociones como la «manipulación» y la «utilización» de los sectores subalternos por los dominantes, permita dar cuenta de la dialéctica entre dominación y subordinación. No sería exacto decir que en este libro los sectores dominados figuren como entes pasivos; por el contrario, se les concede la iniciativa de ser, por así decirlo, «agentes de su propia dominación». Esto es coherente con el postulado de la autora que explícitamente sustenta que es el enfrentamiento entre los segmentos de una misma clase el que prevalece sobre el conflicto entre clases distintas. Oponer a esta formulación la opuesta no nos daría, empero, mejores claves sobre el desenvolvimiento histórico de una sociedad, pues el problema no es que un tipo de lucha prevalezca siempre sobre otro tipo, sino el engarce y la dinámica existente entre los diversos conflictos sociales. Con todo, el libro de Irurozqui ha logrado superar el anacronismo conceptual que ha insistido en examinar a las elites a la luz de un proyecto nacional integrador que no suscribían y por ello es de lectura obligada para todos los interesados en explorar la historia política boliviana, en específico, y latinoamericana, en general.

Magdalena CHOCANO MENA
Universidad Autónoma de Barcelona

LÓPEZ, Julio César, *Hostos: Sentido y proyección de su obra en América*, Instituto de Estudios Hostosianos (Editores), Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1995, 745 páginas.

Este interesante y voluminoso trabajo recoge las ponencias presentadas en el Primer Encuentro Internacional sobre el Pensamiento de Eugenio María de Hostos (1839-1903) celebrado en Puerto Rico en abril de 1989, como parte de las actividades organizadas en conmemoración del 150 aniversario del nacimiento de este insigne puertorriqueño.

R. I., 1997, n.º 209

La edición parte de una resolución de la UNESCO —uno de los organismos que hicieron posible la celebración de las actividades científicas—, en la que se reconoce la labor de Hostos en el campo de la filosofía, la sociología y la educación en América Latina, sin olvidar su faceta político-revolucionaria de consagración a la libertad, independencia y modernización de las Antillas. Asimismo, se recogen las palabras del rector del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, que resaltan el carácter universal de las aportaciones de Hostos y su calidad de «aglutinante» e «hilo conductor de inquietudes» de estudiosos de toda América Latina.

La primera consideración sobre el resultado del encuentro científico es el interés que despierta por su espíritu abarcador de los múltiples elementos que conforman la obra y el pensamiento de Hostos, así como por la profundización del análisis de las ponencias, entre cuyos autores se encuentran historiadores, juristas, críticos literarios y filósofos de buena parte de los países americanos en los que Hostos vivió y reivindicó la independencia de las Antillas (Puerto Rico, República Dominicana, Chile, Argentina, España, Venezuela, Colombia, Uruguay) sin olvidar las contribuciones de profesionales de lugares que Hostos nunca pisó como Cuba, Canadá y México.

Para su publicación, las ponencias han sido agrupadas en determinados apartados cuyos epígrafes son ya muestra de la riqueza temática de la obra hostosiana: Antillanismo, Bibliografía, Bibliografía y semblanzas, Derecho, Educación, Filosofía, Latinoamericanismo, Literatura, Política y Sociología, secciones que, no es menoscabo para la obra editorial ni para sus numerosos autores señalar que, muchos de los artículos hubieran podido agruparse de modo distinto o ser intercambiados, en la consideración de que no son episodios fragmentarios sino partes indisolubles de un todo, de ese «hombre completo» que Hostos aspiró a crear entre los habitantes de América y que es posible vislumbrar en esta publicación.

Dos trabajos nos adentran en el antillanismo «confederacionista» de Hostos (Carmen Durán) y en la riqueza de su obra a través de la producción bibliográfica (histórica y crítica) recogida por Julio César López. Un segundo apartado trata la personalidad de Hostos y su trayectoria vital a través de su experiencia educativa, periodística y epistolar con conclusiones como la de José del Castillo («Hostos tiene mucho que hacer en América») que es, en parte, la idea que sustenta toda la obra y que recoge también José Ferrer Canales al analizar la relación espiritual entre Hostos y el cubano Enrique José Varona.

De gran importancia para la edición en curso de las obras completas de Hostos, es la reseña —acompañada de un apéndice— realizada por Loida Figueroa de un epistolario inédito: 35 cartas de Hostos dirigidas a hombres implicados en la lucha independentista de las Antillas. Otros trabajos están dedicados a estudiar su paso por París y estancia en Venezuela, etapa menos conocida y sobre la que Elías Pino Iturrieta, José Ramos y Oscar Sambrano Urdaneta (éstos dos últimos investigadores de la Fundación «La Casa de Bello» que ha colaborado con el comité del Sesquicentenario) ofrecen datos y análisis de gran valor sobre las actividades periodísticas de Hostos, la copiosa correspondencia particular, el ejercicio del magisterio en diversos puntos del país, sus teorías sociológicas y pedagógicas y la propaganda política sobre la independencia antillana que tampoco faltó en Venezuela.

Los artículos que ahondan en el pensamiento jurídico de quien un día se matriculó en la Universidad Central de Madrid para seguir la carrera de derecho que no concluyó, se inician con el extenso trabajo de Carmelo Delgado Cintrón sobre la etapa española de Hostos y su noción de la justicia centrándose en la influencia del krausismo en el pensamiento hostosiano, filosofía que le llevó a una concepción del derecho como «ideal de vida». Hace también referencia a artículos jurídicos publicados por el puertorriqueño en la prensa y que versaban sobre los derechos de los ciudadanos, los límites de la acción del ejército, la defensa de la libertad de prensa, del régimen autonómico en la península y de la mejora de la condición política de las Antillas, situación ésta que Hostos diseccionó en su

R. I., 1997, n.º 209

dimensión sociológica, histórica y jurídica. El estudio de Elio Gómez Trillo trata más específicamente sobre el pensamiento penitenciario de Hostos y alude a la importancia de la educación como fórmula de prevención social y método de corrección criminal, mientras Ramón Antonio Guzmán indaga en las fuentes doctrinales de la obra jurídica de Hostos para señalar tres como las principales y más directos: la evolución hacia una dimensión diferente del krausismo, el denominado «krausopositivismo» —tema sobre el que se ahonda en el apartado dedicado a la filosofía hostosiana—, la influencia de Juan Bautista Vico y la doctrina constitucional norteamericana.

La labor de Hostos en el campo de la educación está analizada en otras tres ponencias que tienen en común la búsqueda de sus principales intereses y objetivos pedagógicos a través del ejercicio del magisterio. Justo A. Chávez Rodríguez destaca la importancia concedida por Hostos a la instrucción infantil, la educación de la mujer y la fundación de centros docentes resaltando los fines cívicos y sociales de la pedagogía. A este ideal apela el trabajo de Caridad Oyola cuando alude a la situación actual de la educación en Puerto Rico —ayer y hoy al servicio del *statu quo*— y, en consecuencia, a la necesidad de buscar ese «hombre completo» perseguido por Hostos sobre cuyo marco conceptual ahonda Angel R. Villarini.

Hay en el volumen un extenso bloque de trabajos que, bajo el epígrafe «Filosofía» tratan, de manera más específica, la ideología resultante de Hostos en el campo de la moral, la mujer, la historia o sus ideas de identidad y nación en América. José Luis Abellán es uno de los escasos especialistas españoles que han tratado la figura de Hostos y, aquí como en otros trabajos de su autoría, nos acerca al original planteamiento filosófico hostosiano, el krausopositivismo, como síntesis que posibilita la ligazón de elementos morales, políticos y científicos que integran a ese hombre completo preconizado por el puertorriqueño. Abellán insiste en la actualidad del pensamiento de Hostos y en su mensaje liberador como remedio de muchas de las contradicciones de la realidad latinoamericana. Sin embargo, y a diferencia de lo aquí propuesto, el breve y esquemático texto de Joann Borda insiste en trazar la línea divisoria entre el Hostos krausista y el positivista.

José Emilio González formula unas observaciones éticas a propósito de tres obras de Hostos: *Moral Social*, *Tratado de moral* y *Tratado de lógica*, para valorar en su pensamiento la noción de civilización o «vida de razón» y «vida de conciencia» y el concepto del deber o utilidad de la vida humana muy arraigado en Hostos, cuya obra, recuerda González, «guarda mensajes de valor universal». Entre ellos hay que considerar su talante feminista que es abordado por Lucía Guerra Cunningham como expresión de una ideología liberal ya esbozada en su primera obra, *La Peregrinación de Bayoán*, e intensificada en el conjunto de artículos que dieron lugar a la monografía *La educación científica de la mujer* (1872) donde Hostos se distancia de la concepción positivista que considera a la mujer como ser inferior y más inclinada a los afectos. Lucía Guerra destaca la alineación de Hostos con los hombres más progresistas de su tiempo como Ignacio Guasp, José Pablo Morales Miranda y Alejandro Tapia y Rivera.

El trabajo de Solomón Lipp va también en la línea de señalar algunas facetas del ideario de Hostos que lo elevan a una categoría de profeta y pensador original por su inconformismo, defensa de la justicia, de la libertad de la mujer, revolucionario y cómo, mediante la superación del positivismo, contribuyó a la «liberación mental» de América.

Las dos últimas contribuciones de este apartado filosófico son dos interesantes textos sobre el concepto de la historia y la idea de nación en la obra y el pensamiento de Hostos. Carlos Rojas Osorio señala las influencias de Vico (historia crítica) y sobre todo Comte (historia filosófica) en su modo de entender la historia y su patente desprecio al pasado colonial español. Pero a juicio de Hostos esa degradación persiste como consecuencia de la situación de dependencia moral en que están sumidas las repúblicas americanas y, así, el

R. I., 1997, n.º 209

moralismo, el industrialismo y el intelectualismo se convierten en pilares básicos de la nación civilizada a construir. A un proyecto mucho más idealista se refiere Oscar Terán al tratar la idea de nación en Hostos (en las obras *Sociología y Moral Social*) como «un pasaje tan necesario como superable en una instancia superior» para reivindicar, frente al colonialismo, una utopía humanitaria de paz y relación internacional equitativa. Terán insiste también en las contradicciones entre muchas creencias de la época (darwinismo) y la visión democrática de Hostos.

Seis estudios analizan esta aspiración unitaria de Hostos en relación con América Latina. Fernando Ainsa ahonda en las raíces históricas del discurso y señala acertadamente su origen en «la tensión resultante entre el ser de la realidad y el deber ser de la idealidad», del «desfase de la circunstancia histórica y política de su formulación y la dificultad práctica de su aplicación» para señalar la vigencia de este pensamiento utópico frente a la desesperanzada de la realidad, el profundo americanismo hostosiano y su alegato integrador de ideas y de los sectores más desprotegidos de la sociedad americana (cholos, chinos, huascos, indios, etc.).

La presencia de Hostos en Argentina y su toma de conciencia de ciudadano americano, observador agudo, progresista y en permanente búsqueda de solidaridad con la independencia de Cuba, es el tema que presenta Julia Helena Acuña, mientras Norberto Rodríguez Bustamante recuerda la actualidad del mensaje de Hostos y M.^a Elena Rodríguez Ozán insiste en el ideal de integración latinoamericana como característica del nacionalismo hostosiano.

La segunda y última intervención española de la reunión científica es la de Teresa Rodríguez de Lecea que en un intenso artículo vuelve al tema del krausismo como filosofía de base de las relaciones de Hostos con Latinoamérica e infiere el decisivo alcance de este pensamiento para el futuro inmediato de la España finisecular (Institución Libre de Enseñanza y Junta de Ampliación de Estudios), además de señalar la importancia de la Sociedad Abolicionista a la que pertenecían numerosos antillanos residentes en Madrid. Leopoldo Zea cierra este apartado con una valoración de la figura de Hostos como conciencia latinoamericana de ayer y de hoy; de la necesidad de asimilar la realidad de América Latina como un espacio de unidad y diversidad, de mestizaje y de multiplicidad de razas y culturas en eterna confrontación con Estados Unidos (cada vez más multiracial y multicultural en opinión de Zea) que ha tenido en Puerto Rico un «puente de latinoamericanización».

Antes de la sección dedicada a la política —con temas tangenciales a los presentados en apartados anteriores— encontramos el «oasis» de la literatura en la obra de Hostos, faceta minusvalorada a juicio de sus autores. Así, José J. Beauchamp analiza la calidad estrictamente literaria de *La Peregrinación de Bayoán* a través de elementos como la construcción de la cotidianidad, la historia y el ensayo, dejando aparte el trasfondo político. Alexis Márquez Rodríguez reflexiona en un interesante y preliminar estudio sobre el barroquismo del estilo literario de Hostos y Marcos Reyes Dávila reivindica su puesto entre las plumas más prestigiosas de América.

Los trabajos siguientes tienen el interés de presentar al Hostos más activo y en contacto con las distintas realidades americanas. Ramón de Armas muestra la preocupación constante de Hostos por la independencia cubana y por el futuro de la nueva república, M.^a Adriana Bernadotti enfoca la comunidad española en Argentina y la importante repercusión del pensamiento de Hostos en su historiografía, Juan Gabriel Araya trata la estancia chilena de Hostos y su acertada visión de la república, Félix Córdova Iturregui retoma el radicalismo democrático de Hostos y su ruptura política con España para concluir con el trabajo de mayor actualidad de José Luis Méndez sobre el alcance del (los) plebiscito(s) en la historia de Puerto Rico.

R. I., 1997, n.º 209

El volumen concluye con trabajos sobre el trasfondo sociológico de textos de Hostos, como el de Adriana Arpini sobre el *Tratado de Sociología*, el centrado en la mujer que presenta Gabriel Mora y el que cierra el volumen firmado por Pablo Puzzi quien resalta el limitado eco de la prédica de Hostos en Argentina en apoyo de la independencia cubana.

En resumen, un libro imprescindible para entender el pensamiento americano (y español) de la segunda mitad del siglo XIX.

M.^a Dolores GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO
Centro de Estudios Históricos (CSIC)

Memoria del Segundo Encuentro Nacional de Historiadores del 4 al 6 de diciembre de 1995 de Guatemala. Universidad del Valle de Guatemala, 421 pp.

El Segundo Encuentro Nacional de Historiadores de Guatemala nos ofrece, en 25 ponencias, una llamativa variedad en cuanto a las materias tratadas y a las diversas metodologías que han utilizado los autores.

En lo referente al mundo indígena hubo tres ponencias: el elemento de pervivencia imprescindible que supuso para la población ladina y blanca la actividad económica de los indígenas (John Browning); el conflicto étnico en el trasfondo de la lucha por la posesión de la tierra en Tecpán Guatemala entre 1750-1858 (Edgar Esquit); la espiritualidad maya como elemento dinámico en sus reivindicaciones étnicas (Leticia González y Ann Jefferson). Las aportaciones relacionadas con el mundo agrario versaron sobre las actitudes del campesinado semiproletariado en la reforma agraria de Arbenz (Estuardo Antonio Calderón); los proyectos de colonización de Guatemala en los años 1787-1880 (Rodolfo Esteban Hernández); la producción de cardamomo en la comunidad Q'equchi' (Alejandro Mayorga); la exportación de los productos nacionales en la economía de Guatemala (Brenda Sagastume). En cuanto a temas urbanos se trató del diario fundacional de San Antonio Sixa (José Chaclán); el desarrollo urbano como motivo de exaltación del presidente Estrada Cabrera (María Milagros Fajardo); el comercio urbano en 1935 en la ciudad de Guatemala (Augusto Gordillo). Acerca de la mujer guatemalteca se habló de los problemas de la sexualidad femenina en el siglo XIX (Leticia González); de la situación de la mujer en la primera mitad del XIX (Beatriz Palomo); del papel de la mujer en la circulación de bienes en la época colonial (Isabel Rodas). De asuntos socio-económicos hubo siete ponencias: archivos y sociedad (Edelberto Cifuentes); problemas en la educación nocturna (Guillermo Díaz); conformación social y prejuicios en Guatemala y España a finales del XVIII (Jorge Luján Muñoz); la situación especial y protección de los españoles en Guatemala en los años 1848-1863 (Carmen Rodríguez); la crisis de finales del XIX (Regina Wagner); el debate liberal-conservador en la Federación Centroamericana, 1823-1840 (Ralph Lee Woodward, Jr.); los gérmenes del espíritu nacionalista en Guatemala (John Browning). La música tuvo su lugar en asuntos como la función del maestro de capilla en Guatemala (Dieter Lehnhoff) y las memorias inéditas de José Eulalio Samayoa (Luis Luján Muñoz). Finalmente hubo ponencias acerca de la postura intelectual de los antropólogos guatemaltecos (Edgar Mendoza); de los procesos migratorios modernos hacia la capital de Guatemala (Rebeca Rubio); de la industria y empresarios a principios del XX en la ciudad de Guatemala (Tania Sagastume).

De todas las ponencias expuestas son de destacar las aportaciones de José Chaclán, Edgar Esquit, Leticia González y Anna Jefferson, Augusto Gordillo, Beatriz Palomo y

R. I., 1997, n.º 209

Woodward por las fuentes y documentación utilizadas. De igual manera hay que destacar las intervenciones de Jorge Luján Muñoz, Luis Luján Muñoz y Carmen Rodríguez por el enfoque histórico de sus aportaciones y documentación aportada. Finalmente es muy meritorio el trabajo de campo llevado a cabo por Alejandro Mayorga.

El Encuentro demuestra el avance en los últimos años en el conocimiento de la historia de Guatemala, aunque los historiadores de peso en la actualidad sean muy pocos. En el Encuentro, en la mayoría de los casos por razones ajenas a los propios interesados, hubo ausencias notables. Las ponencias que hemos considerado de mayor valor científico, la mayor parte de ellas, levantan el telón de asuntos o temas sobre los que convendría seguir profundizando y abren sugestivos caminos a posteriores investigaciones. En líneas generales, el Encuentro ofrece un balance favorable y es de agradecer el esfuerzo de los organizadores de la Universidad del Valle de Guatemala. La edición, dentro de la austeridad del formato, es correcta y de fácil lectura.

Jesús María GARCÍA AÑOVEROS
Centro de Estudios Históricos, CSIC

NARANJO, Consuelo; PUIG-SAMPER, Miguel Angel, y GARCÍA MORA, Luis M. (editores), *La Nación Soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Madrid, Ediciones Doce Calles, S. L., 1996, 893 pp.

Este libro es todo un desafío. Es un desafío por su volumen, por su afán de renovación historiográfica, por sus amplias miras internacionales, y por la evidencia de trabajo y más trabajo que rezuma de sus páginas. Sin duda, cuanto más se acerque la fatídica fecha de 1998, se verterán muchas opiniones sobre el significado de la gran crisis colonial española de 1895-1898, pero este libro forzosamente nos ha de convencer de que no todo es improvisación y oportunismo gratuito, sino que también existe el trabajo serio, diseñado y ejecutado oportunamente, con plazos, metas y resultados objetivamente comprobables.

Ciertamente, *La Nación Soñada* es el fruto de una paciente labor de coordinación realizada por los editores del tomo, para reunir otras muchas labores individuales, primero, con el objeto de organizar el importante congreso internacional celebrado en Aranjuez del 24 al 28 de abril de 1995, y segundo con vistas a dar mayor difusión a los resultados científicos de esa reunión, mediante la presente publicación.

Se trata, pues, de unas actas de congreso, pero, al contrario de lo que ocurre a veces con publicaciones de esta naturaleza, aquí la temática está muy bien definida, e imprime al conjunto de las contribuciones una unidad y una coherencia, que no se pierden de vista en ningún momento, pese a la multiplicidad de enfoques, fuentes, métodos, temáticas concretas, y parámetros cronológicos representados en el libro.

El volumen incluye nada menos que cincuenta y nueve artículos, repartidos entre siete grandes apartados temáticos: 1. Construcción y consolidación nacional; 2. Estructuras económicas: tránsito y ruptura; 3. Política colonial; 4. Enseñanza y sociedades; 5. Pasado y presente: tradición y modernidad; 6. Protagonistas de una guerra; y 7. Los significados del 98 en el contexto internacional.

Las contribuciones se han elaborado desde muchos diferentes campos de especialización —historia americana, historia española, historia de las relaciones internacionales, historia económica, historia demográfica y social, historia cultural, historia de las ideas, e historia de los personajes y protagonistas.

R. I., 1997, n.º 209

Asimismo, el esfuerzo por lograr el carácter verdaderamente internacional de las aportaciones dio buenos frutos, pues, aun apreciando la lógica mayoría de participantes españoles, es muy notable la presencia de historiadores representando a Cuba, Puerto Rico, México, los Estados Unidos, Francia y la República Checa.

Sería imposible en una recensión hacer un comentario individualizado y razonablemente informativo de todas las contribuciones, e injusto destacar sólo unas pocas. Por ello, valgan estas apreciaciones generales como introducción a un tomo cuyo interés es indiscutible, aun asumiendo que en una obra de esta naturaleza y sobre este tema la ideología y el patriotismo mal entendido (quizás inevitablemente) merman el valor algunas (las menos) aportaciones.

La Nación Soñada aborda la crisis colonial española de fin de siglo desde una perspectiva que quiere superar la visión estrecha —derrotista e irredentista a la vez— de ciertas élites peninsulares; que quiere olvidar el tópico del «desastre» español para abrirse a otras perspectivas más amplias, más modernas, más realistas y al mismo tiempo más esperanzadoras —las de las nuevas naciones en su lucha por auto-definirse en libertad.

Destacan, sobre todo, los esfuerzos por contextualizar la crisis de 1895-98, siguiendo los procesos históricos de más larga duración, tanto en las vertientes económicas, sociales, y culturales, como en la vida política y las relaciones internacionales. En todos los órdenes, se aprecian evidencias de mayor continuidad de lo que parecería sugerir el manido tópico del «desastre» como punto y aparte, apreciándose también un mayor interés historiográfico por temas relacionados con las bases sociales, filosófico-intelectuales, culturales y educativas que presiden el desarrollo de la ciudadanía y del sentido de la propia identidad, con una fuerte preocupación por la composición racial y el racismo como elementos fundamentales de la lucha por una sociedad nacional coherente e integradora.

Con todo, este libro tiene en su temática un evidente e intencionado sesgo ibérico, pues, aunque varias contribuciones abarcan diversos aspectos del contexto político y económico internacional, y unos pocos se ocupan de algunos aspectos de la perspectiva estadounidense, lo cierto es que el gran ausente aquí —como nación que en 1898 replantea sus propias señas de identidad a través (por ejemplo) del angustioso debate antiimperialista— es la república de los Estados Unidos de América. Ese desconocimiento, y la consiguiente simplificación de la perspectiva estadounidense, ha venido caracterizando la historiografía española tradicional, y aún se percibe cierta resistencia a aproximarse serenamente a fuentes y construcciones norteamericanas, aunque afortunadamente en los últimos años se viene trabajando para superar también esa barrera; más, sin duda, de lo que se trabaja en los Estados Unidos para superar su notoria incompreensión del mundo hispánico.

En fin, cierra este tomo un apéndice de la mayor utilidad, que recoge en pulcras referencias homogeneizadas toda la información bibliográfica citada por todos los autores. En sí mismo es una aportación valiosa, que hay que agradecer a los editores.

En definitiva, estamos ante un libro que orienta e informa cumplidamente sobre los caminos de la historiografía moderna en torno a un tema que, aun tomando como referente cronológico el año 1898, se inserta de lleno en debates más actuales sobre identidades individuales y colectivas, sobre las manifestaciones y los límites de la autoridad y de la libertad, y sobre el sentido del nacionalismo en un mundo repleto de propuestas trans y supranacionales, multiétnicas, y multiculturales.

Sylvia L. HILTON
Universidad Complutense, Madrid

R. I., 1997, n.º 209

PEÑA MONTENEGRO, Alonso de la, *Itinerario para los párrocos de indios*. Edición crítica por C. BACEIRO, M. CORRALES, J. M. GARCÍA AÑOEROS y F. MASEDA, 2 tomos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Col. «Corpus Hispanorum de Pace», Segunda Serie, vols. II y III). Madrid, 1995 y 1996. 698 y 663 pp.

El *Itinerario para los párrocos de indios* no es un tratado más de carácter doctrinal, ni es otro producto de la incontinencia poligráfica o grafomanía (como diría Julio Caro Baroja) de nuestros escritores barrocos. Bien al contrario, el *Itinerario* constituye una singular cristalización en la que se combina la madurez del mejor pensamiento jurídico-doctrinal peninsular (vinculado a la escuela de Salamanca), con el reconocimiento de la existencia de una realidad diferenciada y completamente original: la de un mundo americano con sus específicas características socioculturales, emanadas —entre otras cosas— de una extrema multietnicidad y de un terco no querer responder ni a las leyes, ni a los proyectos políticos o religiosos que tan sesudamente habían sido previstos para él.

El *Itinerario para párrocos* está concebido como una especie de «guía de perplejos» y se volvió el «manual» de referencia para resolver los múltiples problemas cotidianos y muy concretos que, en la América española, asolaban las relaciones entre las comunidades indígenas e hispanas. Se trata de la teoría jurídica y canónica más depurada, pero formulada a modo de soluciones de casos concretos; todo ello a partir de una inteligente estructuración en cinco libros, subdivididos —cada uno de ellos— en tratados temáticos que hacen muy fácil su utilización.

Obra singular desde muchos puntos de vista, el *Itinerario para los párrocos de indios* apareció por primera vez impreso en Madrid, 1668. Este monumental infolio de 560 páginas tuvo un éxito fulminante, como bien acredita el que fuera reeditado seis veces —al menos— en el plazo de un siglo: Lyon 1678; Amberes 1698, 1726, 1730, 1754; y Madrid 1771. Esta última, a su vez, fue reproducida facsimilarmente en Guayaquil (1985), que es —según mis datos— la única reedición posterior a las anteriormente citadas.

Su autor, Alonso de la Peña Montenegro (1596-1687), había seguido con éxito la típica carrera universitaria y eclesiástica: estudió en Salamanca y Santiago de Compostela, se doctoró en Teología, y llegó a ser al mismo tiempo canónigo de la catedral y rector de la universidad de Santiago (1644). Pero su vida, dedicada esencialmente al estudio, sufrió un cambio fundamental al ser designado obispo de Quito, ciudad a la que llegó en 1654 y en la que moriría, después de haber ocupado también el cargo de presidente interino de la Real Audiencia (1674-1678).

Sólo cuando este académico, con más de treinta años de docencia universitaria, contaba además con la experiencia de diez años de acción pastoral se decidió a responder a una solicitud de su clero dicesano que, de hecho, era una necesidad expresada por muchos —y desde hacía tiempo— en toda la América española:

«Aunque es verdad que los autores han escrito las materias morales importantes para que los curas de almas puedan con toda seguridad administrar... con todo esto nos holgaríamos infinito de tener algún autor, que de las doctrinas comunes sacara aplicaciones a las cosas particulares de las Indias...

Y así suplicamos a V.S.I. ... se sirva emplear en nuestro útil algunos ratos, haciendo algún breve Tratado que pueda servirnos de norte en este Sur de la América, usando en él la claridad que nos muestra en la teología escolástica. Y esto mismo suplicamos en el idioma, para que pueda aprovechar también a los que, por la distancia de las universidades, no han podido cursar en ellas...» [Tomo I, p. 663].

R. I., 1997, n.º 209

Lo que se necesitaba era una obra de referencia que bajara las «doctrinas comunes» a las «cosas particulares de las Indias». Un tratado de «aplicaciones» dotado de la máxima «claridad» para que todos pudieran entenderlo, lo que implicaba un estilo sencillo y, además, evitar el latín (aunque fuera obra pensada para uso del clero). Y exactamente eso es el *Itinerario para los párrocos de indios*.

Con tales características no es extraño que una obra realizada en Quito y para atender problemas locales se difundiera por toda la América española. Nuestro compañero Francisco de Solano, de tan reciente e inesperado fallecimiento, indagando en los inventarios de diferentes bibliotecas jesuíticas la encontró, dentro del Virreinato de la Nueva España, en la Casa Profesa y en el convento grande de San Pedro y San Pablo de la Ciudad de México, así como en San Luis Potosí, todo ello entre 1768 Y 1772. También la halló, ahora entre párrocos y en 1776, en dieciséis aldeas del Reino de Guatemala. Por otra parte, documentó su presencia en el Alto Perú, de nuevo en manos de jesuitas, por los inventarios de 1768, donde aparece en el propio colegio de Potosí, así como en los pueblos de Buena Vista, cerca de Santa Cruz de la Sierra¹.

Ahora bien, para nosotros, investigadores interesados en cuestiones muy distintas de las específicamente pastorales, esa obra tiene un valor muy diferente. Al igual que los curas, sus antiguos lectores, en ella encontramos una guía de prácticas y problemas cotidianos propios de la antigua sociedad colonial. Esa guía nos proporciona —como dice Jesús M. García Añoveros— «un cuadro realista y veraz, en ocasiones incluso sinceramente descarnado, de la realidad de la religiosidad cristiana de los indios. Nada se oculta; al contrario, salen a luz todas las deficiencias, por muy dolorosas que pudieran parecer, en las prácticas cristianas de los indios» (tomo I, p. 37). Pero hay mucho más, porque esa obra retrata también los problemas de convivencia entre las comunidades indígena e hispana, usos, abusos y temores mutuos, dificultades laborales y de trato con caciques e indígenas del común... y también, actitudes de los párrocos para consigo mismos, para con sus obligaciones y sus deberes.

Las posibilidades de estudio que este material —muy poco explotado— ofrece al etnohistoriador, al antropólogo, al sociólogo son riquísimas. Por eso es tan de agradecer —y destacar— esta nueva edición que además aporta interesantes complementos y ayudas.

Se trata de una edición crítica basada en tres textos claves: la primera edición (de 1668) y la última (de 1771), contrastadas con el manuscrito existente en Quito. Por desgracia no se explica el porqué de esa selección, ni la importancia o características del manuscrito quiteño.

En cualquier caso el lector obtiene un texto limpio y fiable, con variables de interés, en el que las numerosas citas latinas van acompañadas de una traducción moderna al castellano (bien diferenciada del texto original), y además en el que todas las referencias a tratados de la más variada índole que aparecen en la obra han sido cuidadosamente contrastadas, localizadas, especificadas y completadas. Esta última ha tenido que ser, sin duda, una de las contribuciones más penosas de hacer, pero también representa una de las más útiles para el lector moderno.

La edición va precedida de tres estudios introductorios que son, eso, introductorios. Una imagen inicial, suficiente para orientar al lector y que, desde luego, deja casi completamente virgen el inmenso campo de posibilidades que ofrece la obra. Es curioso, porque los editores hacen contribuciones mucho más detalladas y ricas en algunas de las notas a pie de página que acompañan al texto editado, que en sus estudios introductorios. De hecho, algunas de esas notas son pequeñas monografías sobre un tema específico (y con

¹ Véase Francisco DE SOLANO, «Lengua y cristianización indígena en la obra de Alonso de la Peña Montenegro», *Les Langues Néo-Latines*, 261 (1987), pp. 49-66.

frecuencia espinoso). Como método resulta bastante sacrificado: utilísimo al lector, pero muy poco lucido para los editores mismos.

La edición va acompañada además (en cada tomo) por un índice de fuentes citadas y otro de conceptos.

Como se ve, todo está pensado para facilitar su utilización al lector. Es obligado, por tanto, agradecer la obra hecha, llamar la atención sobre la necesidad e importancia de este tipo de esfuerzos (en el que tanto queda por hacer), y esperar que la obra dé sus resultados.

Jesús BUSTAMANTE

Centro de Estudios Históricos, CSIC.

SCHMITT, Eberhard, y VON HUTTEN, Friedrich Karl (eds.), *Das Gold der neuen Welt. Die Papiere des Welser-Konquistadors und Generalkapitäns von Venezuela Philipp von Hutten. 1534-1541*, Hildburghausen, Verlag Frankenschwelle, 1996, XIV + 210 pp.

Nos hallamos ante una preciosa y rigurosa edición de los informes y cartas redactados por Felipe de Hutten, el que fuera primero oficial en la expedición al mítico Eldorado y más tarde capitán general de Venezuela en virtud de los acuerdos suscritos por el emperador Carlos V con la casa comercial augsburguesa de los Welser.

La edición, que se enriquece con un buen número de ilustraciones, mapas y gráficos, incluye varias piezas. Tras un prólogo sobre la oportunidad de la edición firmado por Eberhard Schmitt (profesor de la Universidad de Bamberg), se suceden un estudio preliminar de Friedrich Karl von Hutten (actual jefe de la familia von Hutten) sobre la complicada peripecia de las cartas del conquistador alemán, un ensayo biográfico debido también a Eberhard Schmitt sobre los primeros años americanos del personaje, la transcripción de la «*Newe Zeytung*» o principal relación de Felipe de Hutten y de otras once cartas remitidas respectivamente al consejero imperial Matías Zimmermann, a Jorge Geuder (un ciudadano de Nuremberg de problemática identificación) y a su padre y a sus hermanos Mauricio y Guillermo, un conjunto de pequeñas biografías de los personajes citados en la documentación y una serie de apéndices, incluyendo una cronología, la lista de las fuentes y de la bibliografía y sendos índices onomástico y geográfico.

Apenas si es necesario resumir aquí los hitos esenciales de la biografía de Felipe de Hutten, ya que, siendo una figura clave tanto de la presencia alemana en la conquista americana como de la primera historia de Venezuela, son muchos los historiadores de una y otra nacionalidad que nos han legado sustanciosas noticias sobre el personaje. Baste citar los trabajos de Germán Arciniegas, Juan Friede, Guillermo Morón, Enrique Otte o Hermann Kellenbenz, aunque en cambio quizás todavía no haya obtenido suficiente difusión la obra más reciente de Rolf Walter (*Der Traum von Eldorado. Die deutsche Conquista in Venezuela im 16. Jahrhundert*, Munich, 1992).

En cualquier caso, los documentos aquí editados nos lo presentan ya en Venezuela, formando parte del séquito del gobernador Jorge Mohermuth von Speyer (conocido como Espira por los españoles) y enrolado por tanto en la expedición que durante tres años (1535-1538) se dirigiría a los Andes peruanos en busca de Eldorado y que, diezmada a causa de los ataques de los indios y de las enfermedades, hubo de darse por concluida antes de lograr sus objetivos. Nombrado posteriormente, tras la muerte de Hohermuth von Speyer, capitán general de Venezuela, Hutten organizará en 1541 una nueva expedición que, sin alcanzar tampoco la meta prevista, conseguiría llegar al país de los omaguas a orillas del

R. I., 1997, n.º 209

río Guaviare. Sin embargo, la documentación exhumada deja fuera la segunda expedición, así como los acontecimientos sucesivos, que culminarían con la muerte violenta del conquistador alemán a manos de Juan de Carvajal, lugarteniente del nuevo gobernador, Juan de Frías, acaecida en mayo de 1546. Dos nuevas entregas anunciadas (y también editadas por Eberhard Schmitt) darán cuenta de las etapas anteriores y posteriores de la vida de Hutten: *Kaiserdienst und Ritterehre* (para los años 1519-1534) y *Tod am Tocuyo* (para el período 1541-1548, es decir hasta dos años después de su desaparición).

La obra ofrece, pues, por un lado, un preciso informe sobre los avatares de la documentación editada y una revisión de nuevos conocimientos sobre este intenso período de la vida del conquistador alemán a cargo de un autorizado especialista en la materia. Y, por otro, la oportunidad de acceder a una serie de textos, en su mayor parte inéditos, y de incomparable expresividad en todos los casos, que constituyen un arsenal de preciosas informaciones sobre los primeros momentos de la conquista (con reveladoras pinceladas sobre las motivaciones de los expedicionarios en demanda de Eldorado, sobre los anhelos compartidos que los unían y los conflictos internos que los separaban), así como sobre la topografía, el clima, la flora, la fauna y los pueblos de las tierras recorridas, que deben unirse a las ya procesadas para perfilar mejor los rasgos de esa primera imagen del Nuevo Mundo que las más tempranas relaciones de exploradores y conquistadores estaban transmitiendo a las clases privilegiadas de la vieja Europa.

Para concluir, sólo resta añadir que se trata de una excelente edición de un valioso corpus documental para el conocimiento de las etapas iniciales de la instalación española en América (aquí a través de la empresa alemana en tierras venezolanas) y de la visión de las Indias desvelada por los primeros testigos de una nueva realidad, todavía teñida de leyenda. Sin considerar el rigor de la edición y el interés de los estudios preliminares, ya sólo la importancia del material inédito recomendaría su traducción.

Carlos MARTÍNEZ SHAW

STUBBS, Jean; HAINES, Lila, y HAINES, Meic F. (compiladores), *Cuba, World Bibliographical Series*, Volumen 75, Oxford (Gran Bretaña), Santa Bárbara y Denver (Estados Unidos), Clio Press Ltd., 1996, 340 pp., índices general, onomástico, de títulos y contenidos y mapa de Cuba.

El volumen septuagésimo quinto de las *World Bibliographical Series* está dedicado a la isla de Cuba, probablemente aprovechando la oportunidad de un momento en el que coinciden suscitando el interés de un amplio y variado público los temas relacionados con la mayor de las Antillas, tanto recientes como históricos. Los recientes, debido al renovado interés que despierta en el exterior prácticamente todo lo que acontece en la isla después la caída de los regímenes socialistas de la Europa del Este y, particularmente, de la Unión Soviética. Los históricos, como consecuencia de que en el año 1998 se celebrará el centenario de la independencia cubana del dominio español. Al igual que los otros setenta y cuatro volúmenes de la serie, éste se estructura incluyendo una breve introducción (no más de una veintena de páginas) sobre la geografía, la historia, la economía, la Constitución, el sistema político, la sociedad y la cultura insular, acompañada del preceptivo capítulo de agradecimientos y de unos escuetos comentarios generales sobre la relación bibliográfica, que se expone a continuación en treinta y ocho grandes apartados (divididos, a su vez, en varios subapartados con diferentes criterios taxonómicos). Tras la bibliografía, finalmente,

R. I., 1997, n.º 209

se encuentran los necesarios índices onomástico, de títulos y de contenidos, imprescindibles para la consulta de este tipo de obras.

Jean Stubbs, Lila y Meic F. Haines son las encargadas de compilar el volumen setenta y cinco las *World Bibliographical Series* dedicado a Cuba. En los dos primeros casos, se trata de conocidas estudiosas, fundamentalmente de la economía y de la historia económica insular. Jean Stubbs ha escrito un libro y varias colaboraciones en obras de conjunto sobre la situación económica actual del país caribeño (además de *Cuba: the Test of Time*, Londres, Latin American Bureau, 1989, ha publicado sendos trabajos en las compilaciones de Sandor Halebsky y John M. Kirk (editores), *Cuba in Transition: Crisis and Transformation*, Boulder (Colorado), Westview, 1992 y Christopher Abel y Colin M. Lewis (editores), *Welfare, Poverty and Development in Latin America*, Londres, McMillan, 1993). La autora ha investigado también acerca de los problemas de la mujer (por ejemplo, ha incluido dos artículos en las monografías editadas por Janet H. Momsen (editora), *Women and Change in the Caribbean*, Londres, James Currey, 1993 y Bárbara J. Nelson y Nalma Chowdhury (editoras), *Women and Politics Worldwide*, New Haven, Yale University Press, 1994), incluso ha realizado algunas incursiones en el mundo de la literatura, editando junto a Pedro Pérez Sarduy, *Afro-Cuba: an Antology of Cuban Writing on Race, Politics and Culture*, Londres, Latin American Bureau, 1989 y traduciendo el libro de este último: *The Ibelles and the Lost Paths*, Londres, Peguin, 1991. Ahora bien, a Juan Stubbs se le conoce especialmente por un trabajo de historia socioeconómica: *Tobacco on the Periphery: a Case Study in Cuban Labour History, 1860-1958*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985 (traducido al castellano como *Tabaco en la periferia. El complejo agro-industrial cubano y su movimiento obrero, 1860-1958*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1989). En cuanto a Lila Haines, su *curriculum* es más reducido: ha analizado el mercado de las telecomunicaciones en la mayor de las Antillas y, junto a Gareth Jenkins, las reformas económicas, el comercio y la investigación (Lila Haines, «Cuba's Telecommunications Markets», *Columbia Journal of World Bussines*, volumen 30, número 1, páginas 50-57 y Gareth Jenkins y Lila Haines, *Cuba: Prospects for Reforms, Trade and Investment*, Nueva York, The Economist Intelligence Unit, 1995). Finalmente, desconocemos quién es Meic F. Haines, aunque su apellido parece indicar lazos de familiaridad con Lila Haines.

Por su larga trayectoria académica, por la variedad de los campos a que ha dedicado su labor intelectual y por su conocimiento de muchas de las personas, instituciones, fuentes y —cómo no— bibliografía dedicadas al estudio y a la reflexión sobre los problemas cubanos (de las que se da cumplida cuenta en los agradecimientos), Jean Stubbs parece la persona adecuada para abordar y dirigir el complejo trabajo de búsqueda, selección, clasificación y comentarios bibliográficos que requieren las *World Bibliographical Series*. La selección comienza con unos capítulos sobre el país y su pueblo, la geografía, el turismo, los relatos de viajeros y la flora y la fauna insular, para dejar paso después a la prehistoria y la arqueología, la historia (desde la conquista española hasta la entrada de Castro en La Habana en 1959), la bibliografía general sobre la Revolución de 1959, las biografías y las memorias, y los estudios sobre la población (dentro y fuera del país: la emigración y el exilio postrevolucionarios, fundamentalmente en los Estados Unidos), la esclavitud y los problema de raza y la mujer. Tras una relación de obras sobre la lengua y las religiones, una serie de capítulos compilan lo escrito acerca de las condiciones sociales, la salud, la política en general y la administración y el gobierno en particular, el sistema constitucional y legal, los derechos humanos y las relaciones internacionales, y algunos otros seleccionan libros y artículos específicos de la economía, las finanzas, el comercio y las inversiones, la industria y la agricultura, el trabajo, el movimiento obrero y los sindicatos y los compendios estadísticos. Después de un breve apartado a propósito del medio ambiente, la selección incluye dos

R. I., 1997, n.º 209

- ÚLTIMOS LIBROS SOBRE ARCHIVOS:

RODRÍGUEZ DE DIEGO, José Luis; y ÁLVAREZ PINEDO, Francisco Javier, *Los archivos Españoles. Simancas*. Ministerio de Cultura, Lunwerg Ed., Madrid, 1993, 291 pp. il. Col. Archivos Europeos;

GONZÁLEZ GARCÍA, Pedro, coor. *Archivo General de Indias*. Ministerio de Cultura, Lunwerg Ed., Madrid, 238 pp. il. Col. Archivos Europeos;

Archivo General de la Nación (1821-1996). Ministerio del Interior, Parthenon Argentina S.A., Buenos Aires, 1996, 221 pp. il.

Todos los países han mostrado, durante este siglo, interés por la descripción de los fondos documentales de sus archivos, sobre todo de los generales e históricos, para su mejor uso por los consultantes de los documentos. En España, la primera guía es de 1916 y luego, a partir de 1958, se han producido guías no sólo de los Archivos Generales sino también de los Históricos Provinciales, Municipales y de los fondos especiales, como es el caso de los documentos relativos a Iberoamérica (1966-1969). Ahora, por iniciativa de los archivos europeos, se ha iniciado la publicación de unas guías encaminadas a dar a conocer las riquezas documentales a todo el mundo, con afán cultural y patrimonial, de manera que la información divulgativa va unida a la belleza de las ilustraciones de muy distintas clases de documentos: textuales, gráficos y bibliográficos custodiados en los dos grandes archivos que guardan datos sobre las Indias (América y Filipinas), como son los de Simancas y de Indias, por el momento.

Por su intención, estas guías no suplen el contenido de información concreta de las anteriores de ambos centros (de 1958 para Indias y de 1958 y otras tres más hasta 1994 para Simancas), pues en ellas los fondos son algo que se da por conocido y supuesto, citado en los textos, pero que, para ese mismo público al que van dirigidas, pueden ser menos conocidos. Pensamos que, por lo menos, tenían que haber incluido un cuadro general de los fondos con las fechas y el número de unidades archivísticas, aunque fuera de una sola hoja, como el que figura en la *Guía de los Archivos Estatales Españoles* (1984, pp. 29-30 y 33), para que al ir leyendo los bien organizados temas de la historia del archivo, los reinados, las instituciones productoras y las actividades que afectan a la economía, la sociedad, las relaciones exteriores, la cultura y la ciencia, los lectores pudieran referir tan interesantes imágenes (textos, mapas, planos y dibujos, telas) a las secciones del archivo que se detallan en la signatura de los asientos descriptivos de cada pieza contenidas en el cuadro. Eso permitiría, de paso, comprender que lo reproducido es una muestra mínima de los miles de otros documentos que se contienen en los miles de libros y legajos que se pretende manifestar con la guía. Los textos explicativos están dedicados a temas concretos, que tienen su acompañamiento en los ejemplos ilustrativos, sus asientos catalográficos y unas apostilas marginales que son de mucha utilidad.

El tomo de *Simancas* está dividido en cuatro temas, cuya autoría comparten los dos archiveros que figuran como autores. La primera parte es la «Historia del Archivo» (14 p.), que es muy importante no sólo porque da cuenta de esta aventura, sino porque pone de relieve la existencia de una teoría y práctica archivística española plasmada en la Instrucción de 1588, única en Europa. Sigue el estudio de «El reinado de los Reyes Católicos» (10 p.) en que se inicia la formación del archivo por iniciativa de don Fernando, acostumbrado a una antigua y fuerte tradición archivística aragonesa, inexistente en Castilla, que se va a afianzar con sus sucesores, «La época de los Austrias» (18 p.) en que se ha tenido la buena y recta idea de desarrollar la exposición siguiendo los avatares de los Consejos, los organismos productores de los documentos (Hacienda, en la economía; Real de Castilla y Cámara, con la sociedad, la cultura y la ciencia; Estado, con las relaciones exteriores, y Guerra

R. I., 1997, n.º 209

con la fuerza militar). Es destacable la selección de las piezas por su diversa tipología documental (bulas, privilegios, ordenanzas, cuentas, cartas, instrucciones, repartimientos, habilitaciones, memorias, cédulas, mapas, planos, dibujos, capítulos, tratados, testamentos, sentencias, naipes, inventos, escudos y tantos más) que manifiestan a sabedores y profanos que la gama de tipos de documentos es inmensa, cambiante y normalizada en cada administración, de manera que hay que conocer la historia y la actividad de las instituciones y sus ordenanzas para poder navegar con cierta seguridad entre tanta abundancia y diversidad de fondos. El siguiente capítulo, «El siglo XVIII: los Borbones» (12 p.) es una demostración de lo que decimos, pues los cambios de dinastía lo son también de administración, ya que las Secretarías van dirigidas a suplantar a los Consejos.

Con los 122 documentos en papel, 48 en pergamino y los 72 mapas, planos y dibujos que lo ilustran, el lector se hace bien una idea de lo que era gobernar tan distintos y alejados territorios en todos los continentes, como ejemplo, la cuenta de 1592 sobre la redención de Miguel y Rodrigo de Cervantes (p. 194), o la carta del embajador japonés que llegaría a Sevilla y Roma de 1614 (p. 214). Las cifras del cuadro de fondos, con las fechas y las unidades (o metros lineales), hubieran ayudado bastante a darse una mejor idea de lo que significa la custodia, organización y descripción de estos archivos, cuyas bellas muestras admiran y enorgullecen. Con ello se cumple el propósito de la edición, como dice Margarita Vázquez de Parga en las palabras previas: ayudar a entender «qué son los archivos y cuál el papel que juegan en la sociedad, como memoria colectiva del país» (p. 7).

El tomo dedicado a *Indias* tiene el mismo empeño en principio, pero la estructura varía un poco en cuanto a disposición temática y a individualización de las autorías. Tal vez al ser más los apartados, era más difícil la mezcla de estilos y de ideas, bajo la coordinación del director del centro, que se encarga del primero e introductorio: «El Archivo General de Indias: de la Ilustración al siglo XIX», de Pedro González García, en que pone más énfasis en el futuro que en el nacimiento del centro, dando el valor concedido a la mecanización de la descripción y comunicación de los fondos (17 p.). Sigue «La Fundación del Archivo General de Indias» (18 p.) de Manuel Romero Tallafigo, que además de la historia desde 1785, hace una exposición de la archivística que afecta a esta creación original, hija y seguidora de Simancas en sus ordenanzas, copiadas a poco por México. A continuación, «La Lonja de Mercaderes y el Archivo General de Indias» (16 p. de texto), de Alfredo J. Morales, hace historia de la institución y de su edificio, con todo tino. Pero, si al encomendar al archivero Romero Tallafigo su tema (aunque no esté ya en el archivo) la dirección apuntaba que tiene mucho publicado sobre el tema dicho, no nos explicamos cómo sobre la Lonja y, también, sobre el tema de Consulados, no se ha acudido a la archivera Antonia Heredia Herrera, que hizo lo mismo y cuyas obras han tenido que ser utilizadas, sin remedio, por los autores designados. El último de los temas históricos, «El Nuevo Mundo: los inicios de una gran empresa» (21 p.), de María Antonia Colomar Albajar, de la dimensión universal de la empresa indiana y la variedad de facetas que alcanza en los documentos de las varias secciones.

Luego, se hace una descripción de las instituciones productoras en las que el orden, que tiene su importancia, nos parece caprichoso. En lugar de comenzar por los órganos de gobierno, el Consejo y las Secretarías, se inicia la exposición con «La Casa de la Contratación» (15 p.), por Carmen Galbis Díez, en ese mundo de la economía, las golas y los pasajeros que cruzan los océanos. A continuación figura «El Consejo de Indias» (30 p.) por Purificación Medina Encina, que hace un buen seguimiento del Consejo y de las instituciones delegadas (Audiencia, Virreinato, Gobernación, Corregimiento, Municipio, Cajas, Iglesia), que da idea de las distintas secciones del archivo, de la de Gobierno especialmente. Siguen «Las Secretarías de Estado y del Despacho» (14 p.), por la misma autora y con las mismas características. El último tema es el dedicado a «Los Consulados de Sevilla y

R. I., 1997, n.º 209

Cádiz» (21 p.), encargado a Antonio López Gutiérrez, fondos cuya organización e inventario hizo la mencionada A. Heredia Herrera, publicado en 1979, cuyo nombre aparece sólo en la nota marginal de la explicación de los hombres del Comercio indiano (p. 291).

Este tomo está también ilustrado con amor, tanto en lo referente al edificio como a los documentos. Pero siendo así que el gobierno se hacía sobre todo por el Consejo y las autoridades indianas, hay una abundancia de documentos gráficos (mapas, planos, dibujos, escudos) en número de 127 unidades, frente a los textuales, que son 81 en papel y 8 en pergamino. Además, de los textuales sólo 38 proceden de las secciones (Gobierno, Contaduría, Contratación, Estado), mientras que los 51 restantes han sido sacados de las seleccionadas piezas que forman la colección de Patronato.

Sin duda, es posible que estas magníficas pruebas de tan rica edición muevan a los interesados en conocer mejor los fondos, todos los fondos que se guardan en los Archivos Generales.

El tomo dedicado al *Archivo General de la Nación (1821-1996)*, de Argentina, es una obra que sigue la pauta de las dos anteriores, de bastante utilidad porque sí que se ocupa de los fondos (fechas, pero no cantidades), con lo que el lector puede aproximarse más al contenido del archivo. Claro que no existe, como en los anteriores, una guía general de información. Aquí se pretende dar los dos puntos: los datos y la belleza de presentación y contenido de los mismos. Su estructura es más parecida a la del Archivo General de Indias, pues son varios los autores que se ocupan de los distintos capítulos, que enumeramos a continuación. Las «Palabras preliminares» están a cargo del Interventor Miguel Unamuno, las «Reflexiones» a cargo del editor Norberto Calabro; sigue los «Archivos históricos» de Fermín Chávez como relación histórica, que se continúa en «La documentación del Período Colonial 1580-1810» de la pluma de José María Mariluz Urquijo; «La documentación del período de la Revolución de Mayo 1810-1816» y «la documentación de las luchas por la organización nacional 1816-1852» que explica Carlos Segretti; sigue «La documentación de la organización nacional y la consolidación del Estado 1852-1910» y «La documentación de la historia contemporánea 1910-1950» debidas a Néstor Tomás Auza. Esta es la parte realizada por los investigadores que han trabajado los fondos desde un ángulo historicista.

A ellos siguen las noticias propiamente archivísticas, a cargo de dos archiveras del centro: «Los directores del Archivo. Estructura orgánica del Archivo», está a cargo de Graciela Swiderski, que comparte con su colega Liliana Crespi los dos capítulos siguientes, «Actividades del Archivo. Nuevos espacios y proyectos» y «Biblioteca, Hemeroteca y Mapoteca. Publicaciones», quedando la explicación de los «Fondos documentales del Archivo» para L. Crespi. Todas estas explicaciones (pp. 139-182) son las que nos ponen al corriente de la situación de los fondos, las mejoras y proyectos en la tarea de organizarlos y comunicarlos a todo el mundo interesado, por medio de la consulta y las publicaciones de índices, catálogos y ediciones de fuentes, es decir, el servicio natural de los archivos mediante la tarea de los archiveros. Acompañan al texto, aparte de las ilustraciones fotográficas abundantes, los impresos (9 piezas), documentos (54 p.) y mapas, planos y dibujos (27 p.) una «Miscelánea de Archivos Internacionales», en que se dan los asientos de los primeros de todo el mundo en lista alfabética de Albania a Zimbabúe, así como un «Índice alfabético» del contenido del texto y una «Síntesis en inglés», que resume el contenido en español.

Mencionaremos los Departamentos en que está dividido el Centro, por el orden en que aparecen en el cuadro, que son: Departamento Documentos Escritos, Departamento Documentos de Cine, Audio y Video, Departamento Archivo Intermedio, Departamento Documentos Fotográficos y Departamento Biblioteca y Difusión, en que no hay equivalencia entre el contenido cualitativo y cuantitativo para estas divisiones, pensamos, a lo que se une que el llamado Documentos Escritos está organizado por orden alfabético de denominación de los fondos y no por origen y ordenación de los mismos, respetando una organización

R. I., 1997, n.º 209

heredada que conviene mejorar, por ser una división inapropiada del siglo XIX, más de bibliotecarios e historiadores que archivística. Este Departamento debe estar en conexión con el Archivo Intermedio, del que debe recibir los fondos que hayan superado los 30 años.

Hay que resaltar la producción de instrumentos de información, sobre todo desde los años 70 hasta hoy mismo, con esta guía, que asciende a 16 publicaciones entre números de la *Revista* del centro y de otras obras unitarias, siempre útiles y necesarias. Sería deseable que se programara una nueva guía más modesta en el formato, pero con los fondos bien organizados y con descripción al día.

Vicenta CORTÉS ALONSO

VARGAS MARTÍNEZ, Gustavo, *América en un mapa de 1489*, Sociedad Cooperativa de Producción «Taller Abierto», México, 1996, 135 pp.

Todavía con los efectos del asombro y admiración que causa pasar la mirada por su *Atlas antiguo de América, siglos XV y XVI* (véase: Quipu, vol. 11.1, enero-abril de 1994, pp.124-5), regresa Gustavo Vargas Martínez con un nuevo libro clave para la historia de la geografía de América y, por supuesto, para la reflexión y revisión de los presupuestos de la investigación y enseñanza de la historia de América.

Vargas Martínez es un experto que al tradicional enfoque europeo agrega a su labor histórica la nada habitual experiencia de los intercambios culturales de los pueblos orientales con América. De su vida en China y estudio en la Biblioteca de Beijing es su libro: *Fusang, chinos en América antes de Colón* (México, Editorial Trillas, 1990). Actualmente es profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La tesis a que alude Vargas Martínez en el libro aquí revisado sostiene la validez de considerar la presencia de América en mapas europeos del siglo XV, en concreto, el Martellus de 1489. Al lector menos enterado le puede saltar la duda ante la proposición de encontrar rasgos geográficos americanos en los mapas europeos antes de los viajes colombinos, en contraste con el imborrable recuerdo infantil del enigmático 1492 y la llegada de europeos a América.

Conviene disfrutar de la perplejidad inicial de esta nota y, pronto, preparar el esfuerzo de comprender tal argumentación y alejar la indiferencia. Enseguida se apuntan las secciones del libro. En la primera parte, se presenta una descripción general del mapa de Martellus de 1489. Destaca el examen de los antiguos mapas precolombinos (desde 1415 hasta el *Globo de Laon* de 1493) para el debate principal acerca de la presencia de la «cuarta península asiática», advertida con ese nombre por el geógrafo italiano Roberto Almagià (p. 30). En tal discusión han sido decisivos los estudios de Enrique de Gandía (1942), Dick Edgar Ibarra Grasso (1980 y 1986) y de Paul J. Gallez (1980).

La argumentación incorpora la información de los «pleitos colombinos». Por el interrogatorio de sus hijos, se supo que Martín Alonso Pinzón había ido a Roma «para sacar del mapa mundy del papa todas las regiones e provincias» (p. 33). ¿a qué mapa se refieren los hijos de Pinzón? Vargas Martínez deduce que se trata nada menos que del Martellus de 1489 existente en la biblioteca papal de Inocencio VIII y mandado construir por este jerarca a Martellus con unos claros fines políticos: «frenar por Oriente la expansión musulmana».

Tal es la importancia del Martellus de 1489. Sin duda, Pinzón contaba con información exacta procedente del Vaticano, mientras que Colón conocía «los mapas que elaboró

R. I., 1997, n.º 209

heredada que conviene mejorar, por ser una división inapropiada del siglo XIX, más de bibliotecarios e historiadores que archivística. Este Departamento debe estar en conexión con el Archivo Intermedio, del que debe recibir los fondos que hayan superado los 30 años.

Hay que resaltar la producción de instrumentos de información, sobre todo desde los años 70 hasta hoy mismo, con esta guía, que asciende a 16 publicaciones entre números de la *Revista* del centro y de otras obras unitarias, siempre útiles y necesarias. Sería deseable que se programara una nueva guía más modesta en el formato, pero con los fondos bien organizados y con descripción al día.

Vicenta CORTÉS ALONSO

VARGAS MARTÍNEZ, Gustavo, *América en un mapa de 1489*, Sociedad Cooperativa de Producción «Taller Abierto», México, 1996, 135 pp.

Todavía con los efectos del asombro y admiración que causa pasar la mirada por su *Atlas antiguo de América, siglos XV y XVI* (véase: Quipu, vol. 11.1, enero-abril de 1994, pp.124-5), regresa Gustavo Vargas Martínez con un nuevo libro clave para la historia de la geografía de América y, por supuesto, para la reflexión y revisión de los presupuestos de la investigación y enseñanza de la historia de América.

Vargas Martínez es un experto que al tradicional enfoque europeo agrega a su labor histórica la nada habitual experiencia de los intercambios culturales de los pueblos orientales con América. De su vida en China y estudio en la Biblioteca de Beijing es su libro: *Fusang, chinos en América antes de Colón* (México, Editorial Trillas, 1990). Actualmente es profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La tesis a que alude Vargas Martínez en el libro aquí revisado sostiene la validez de considerar la presencia de América en mapas europeos del siglo XV, en concreto, el Martellus de 1489. Al lector menos enterado le puede saltar la duda ante la proposición de encontrar rasgos geográficos americanos en los mapas europeos antes de los viajes colombinos, en contraste con el imborrable recuerdo infantil del enigmático 1492 y la llegada de europeos a América.

Conviene disfrutar de la perplejidad inicial de esta nota y, pronto, preparar el esfuerzo de comprender tal argumentación y alejar la indiferencia. Enseguida se apuntan las secciones del libro. En la primera parte, se presenta una descripción general del mapa de Martellus de 1489. Destaca el examen de los antiguos mapas precolombinos (desde 1415 hasta el *Globo de Laon* de 1493) para el debate principal acerca de la presencia de la «cuarta península asiática», advertida con ese nombre por el geógrafo italiano Roberto Almagià (p. 30). En tal discusión han sido decisivos los estudios de Enrique de Gandía (1942), Dick Edgar Ibarra Grasso (1980 y 1986) y de Paul J. Gallez (1980).

La argumentación incorpora la información de los «pleitos colombinos». Por el interrogatorio de sus hijos, se supo que Martín Alonso Pinzón había ido a Roma «para sacar del mapa mundy del papa todas las regiones e provincias» (p. 33). ¿a qué mapa se refieren los hijos de Pinzón? Vargas Martínez deduce que se trata nada menos que del Martellus de 1489 existente en la biblioteca papal de Inocencio VIII y mandado construir por este jerarca a Martellus con unos claros fines políticos: «frenar por Oriente la expansión musulmana».

Tal es la importancia del Martellus de 1489. Sin duda, Pinzón contaba con información exacta procedente del Vaticano, mientras que Colón conocía «los mapas que elaboró

R. I., 1997, n.º 209

en Portugal Martín de Behaim», pero también estaba enterado de la valiosa fuente geográfica pontifical de Pinzón (p. 35).

La relevancia del Martellus de 1489, advierte Vargas Martínez, radica en la identificación de la *india orientalis* con América y el Sinus Magnus con el Océano Pacífico. El autor explica que la primera, denominada «cuarta península asiática» por Roberto Almagiá (1941), era, sin duda, la «meta de los viajes descubridores» (pp. 36-37). El segundo y rasgo geográfico más importante para la tesis del autor, se basa en que la «gradual aparición del litoral occidental de América se hizo a costa de la desaparición del *Sinus Magnus* como golfo» de los mapas europeos del siglo XVI (pp. 39-40).

Una vez presentado los elementos de la problematización, prosigue la aplicación de una metodología denominada «cartografía histórica reconstructiva» por medio de la cual intenta «corregir las distorsiones» de los mapas antiguos, en este caso las del Martellus. En una red de paralelos y meridianos se ubica la orografía, hidrografía y litorales en concordancia con la geografía real de América. Esto ayuda a valorar de forma objetiva la distancia calculada por Martellus entre «las costas europeas y africanas de un lado y la India Oriental de Martellus del otro» y su repercusión en la estimación de los «célebres marinos de 1492» (p. 42).

Las siguientes dos secciones cierran la primera parte. En primer lugar se analiza la orografía e hidrografía del Martellus. En este apartado se encuentra una prueba fundamental: los ríos de la *india orientalis* desembocan hacia la Mar de Oriente. Por supuesto, esto significa desaguar en la ribera atlántica. Pero ¿cómo es posible encontrar la red hidrográfica de Sudamérica en el Martellus de 1489? Hay que considerar la apertura del Índico por parte de la navegación portuguesa y las travesías clandestinas hacia América, pero en el caso del Martellus las fuentes proceden de «informantes asiáticos» en contacto con occidente. En efecto, el conocimiento de América no sólo provino de la parte europea, sino también de las «experiencias náuticas asiáticas hacia el oriente», o sea de Asia hacia América.

Este episodio histórico forma el argumento principal de su obra ya mencionada: *Fusang, chinos en América antes de Colón*, donde describió de forma extensa la manera cómo Fusang fue «visitado por monjes budistas bajo la dirección de Hui Shen en el siglo V de nuestra era» (p. 44). Por medio de «informantes asiáticos», el papa Eneas Silvio Piccolomini (Pío II) recogió testimonio de esos viajes transoceánicos y Martellus los utilizó junto con las narraciones de Nicolo dei Conti, como sugirió Almagiá y lo han estudiado Ibarra Grasso (1980 y 1986) y Paul J. Gallez (1975, 1988 y 1994).

La importancia de considerar las travesías clandestinas de fines del siglo XV, permite explicar la insistente presencia en el río más largo de la *india orientalis*, o sea el Amazonas, de «dos grandes lagos alimentados por el mismo río» (p. 50). Un rasgo geográfico decisivo para el autor para identificar «la península toda con América meridional».

En efecto, durante muchos años Parima, uno de los lagos, fue representado en mapas europeos, esto es, desde 1599 (Hondius) hasta 1778 (Buache). Sin embargo, lo notable es que Parima aparece en el Martellus de 1489. Vargas Martínez se pregunta cómo es posible que se haya representado un par de enormes lagos inexistentes. La única respuesta es que «América meridional ya había sido conocida y explorada, antes de los viajes capitulados, por navegantes clandestinos, o al menos no reconocidos» (p. 54).

La segunda parte del libro resulta una aportación adicional al grupo de estudios previos del Martellus de 1489. Se trata del análisis de la toponimia de la *india orientalis*. Un total de veinte nombres plenamente identificados en su grafía. Aquí voy a referir los que parecen más reveladores de las investigaciones de Vargas Martínez. 1) *Judei claustr[um]* se trata de «una reserva judaica adonde deberían ir los expulsos judíos en su peregrinación milenaria». Para el autor, Colón «sabía que su primer viaje allá debía terminar» cuando «judíos deportados de España en 1492 buscaran un refugio en el extremo oriental del mun-

do»; 2) *Quinsai* o Hangshou, una ciudad con «estructura lacustre» a la que el autor señala como «destino final del viaje» de Colón. En este lugar debía encontrar al Gran Can para parlamentar y entregarle las cartas que llevaba con las noticias de España y la alianza antiárabe que se preparaba. Lo más desconcertante pero demostrable por el Martellus de 1489, es la identificación de Quinsai con México-Tenochtitlan. Como conclusión el autor escribió:

[...] si Colón iba a entregar las credenciales al Gran Can, en la antigüedad sede temporal de los Sung, pero ahora sede alterna de los canes de la dinastía mongol Yuan, y si buscaba insistentemente a Quinsai, ciudad claramente representada en el mapamundi de Martellus, entonces Colón se aproximaba a México-Tenochtitlan como meta final de su expedición (p. 64).

3) *India Orientalis*, para este topónimo el autor indica el detalle de que «en la medida en que se fue conociendo América con el nombre de Indias Occidentales se fue abandonando el uso de India Oriental, así fuera para China» (p. 67); 4) *S. Thome*, o sea Santo Tomás Apóstol que «había ido al extremo oriental del mundo a predicar el Evangelio». El único nombre geográfico de origen cristiano en el Martellus, justo «al oriente del *Sinus Magnus*»; 5) *Sinus Magnus*, entre los griegos *Megas Kolpos*, entre los latinos *Sinus Magnus* o *Mare Magnum*. Sitio geográfico en el Martellus de 1489 que se identifica como el Océano Pacífico. Un examen a los mapas europeos entre 1486 y 1526 demuestra que «mientras se va definiendo el carácter continental de América, independientemente de Asia, y mientras Eurasia va reduciendo su exagerada prolongación, a menos de la mitad, de 275° a 130°, el Pacífico va ensanchándose hasta tener su auténtica dimensión oceánica» (p. 79).

En el apartado de las conclusiones, el libro de Vargas Martínez señala la insospechada aproximación que revela una nueva lectura de la hermenéutica colombina. Colón sabía de la *india orientalis* y hacia ese lugar se dirigió en apoyo de «la estrategia universal adelantada por los Reyes Católicos para frenar por Oriente la expansión musulmana» (p. 82). Desde esta perspectiva, se requiere «decodificar» la historia anterior para abrir un nuevo estudio de la literatura colombina. En resumen, la obra de Vargas Martínez ofrece la oportunidad para el nuevo diálogo y discusión de la historia de América en ambos lados del Atlántico.

Antes de terminar, he revisado algunos libros recientes publicados en España sobre mapas de América de los siglos XIV, XV y XVI. Enseguida apunto el nombre del autor y obra: Luisa Martín Merás (*Cartografía Marítima Hispana, 1993*), Ricardo Cerezo Martínez (*La Cartografía Náutica Española en los siglos XIV, XV y XVI, 1994*) y José Luis Comellas (*La carta de Cristóbal Colón, Mapamundi, circa 1492, 1995*).

En esencia, no se encuentra entre los estudiosos de Madrid y Sevilla una perspectiva semejante a la que propone Vargas Martínez. La clave es que no imaginan rasgos geográficos de América en mapas pre-colombinos. Esto es muy interesante ya que, sin duda, cada historiografía lleva una orientación diferente y por ahora no comparten criterios similares en la aproximación teórica, a pesar de trabajar, citar y reproducir los mismos documentos geográficos de la época.

Mientras la tendencia historiográfica en la que se inserta el libro de Vargas Martínez mantiene abierto el debate acerca de la nueva historia de América, con base en los resultados de la identificación de América en los mapas europeos del siglo XV, en la historiografía americanista española se detecta la carencia de tal innovación en los estudios y perdura el enfoque tradicional hacia América.

HÉCTOR MENDOZA VARGAS
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

R. I., 1997, n.º 209